

222
Lij



**Universidad Nacional Autónoma
de México**

FACULTAD DE ARQUITECTURA

**HISTORIA DE LA TEORIA DE LA ARQUITECTURA
(LA ILUSTRACION)**

T E S I S

Que para obtener el titulo de:

ARQUITECTO

presenta

RAMON VARGAS Y SALGUERO

México, D. F.

1987



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional Autónoma
de México

FACULTAD DE ARQUITECTURA

HISTORIA DE LA TEORIA DE LA ARQUITECTURA
(LA ILUSTRACION)

T E S I S

Que para obtener el título de:

ARQUITECTO

presenta

RÁMON VARGAS Y SALGUERO

México, D. F.

1987

f n d i c e

	página
Introducción	1
Capítulo I.	
El mercantilismo, la competencia económica y el despotismo ilustrado	10
La primera revolución científica y la Ilustración	33
La felicidad, efecto causal del enriquecimiento y de la Ilustración	39
Capítulo II.	
El despotismo ilustrado	47
La educación del despotismo ilustrado	50
Conocimientos Útiles vs. especulaciones abstractas	58
Capítulo III.	
Guerra santa contra la arquitectura barroca	87
Surgimiento de las Academias	94
Función de las Academias	103
A manera de conclusión	120
Notas	122
Bibliografía	127

I n t r o d u c c i ó n .

Algunos bien prestigiados arquitectos pertenecientes a muy diversas formaciones sociales elaboraron síntesis a partir de sus más decantadas experiencias en materia de arquitectura. El conjunto de ese reiterado esfuerzo que abarca casi dos milenios cobró carta de ciudadanía bajo el rubro de Teoría de la arquitectura.

Esa ardua labor de síntesis estaba orientada por dos finalidades básicas. Por un lado se trataba de discriminar dentro del abigarrado conjunto de recomendaciones pragmáticas, de verdades parciales y empíricas y de promisorias generalizaciones conceptuales aquellas experiencias que se mostraran más consistentes y factibles de ser engarzadas en un cuerpo homogéneo en que cada una encontrara su sentido y función dentro del todo del que pasaría a formar parte. En segundo término, se pretendía alcanzar, a partir de dicho acervo de conocimientos seleccionados, una visión globalizadora en la que quedara consignada la totalidad del proceso de producción de la arquitectura, tal y como este era dable visualizarlo en cada momento histórico particular.

De este modo, en las clases de Teoría se daba cuenta y razón de los materiales y técnicas constructivas, en

función tanto de los elementos de la arquitectura como de los principios de la composición y, de similar manera, en la asignatura conocida como "Arquitectura comparada" se analizaban las soluciones otorgadas a los diversos géneros arquitectónicos para poder confrontarlas con las exigencias de los nuevos tiempos.

Los fundamentos de la arquitectura, así como la función de ésta al interior del conjunto social, cerraban un discurso en el que lo particular y lo general de la arquitectura eran concebidos unitariamente desde la perspectiva epistemológico-ideológica en que se encontraba cada formación social concreta.

Así se comprende que tuvieran a la Teoría como referente obligado tanto quienes estaban dedicados preferentemente al proyecto y construcción de espacios habitables como aquellos que roturaban los más especializados ámbitos de la crítica y la historiografía arquitectónicas. En el caso de la docencia, como bien se sabe, la Teoría ocupó siempre un lugar destacado considerándosela de hecho, como la contrapartida inexcusable de la práctica proyectual, como la síntesis discursiva a cuyo trasluz debían juzgarse los proyectos específicos.

No cabe, por tanto, cuestionar ni la función orientadora de la práctica profesional que ha jugado histórica-

mente ni su idoneidad académica, como antesala en la que convergen los demás estudios curriculares antes de pasar a concretarse en un proyecto programado.

Pues bien, esa Teoría, para constreñirnos a nuestra realidad nacional, fue puesta en crisis hará unos diez años. Las razones son varias.

La Teoría de la arquitectura que según el testimonio de algunos de los más conspicuos protagonistas de nuestro hacer arquitectónico, auspició de manera tan incontrovertible como fecunda el surgimiento de la Escuela mexicana de arquitectura, forma concreta como se expresó el sedicente racionalismo en México, ha entrado en un paulatino pero sostenido proceso de obsolescencia.

El desconocimiento de la prolífica vena materialista dialéctica de la Teoría de la arquitectura combinado con un entusiasmo irreflexivo suscitado cuando alguna otra disciplina profundiza en el conocimiento de uno u otro de sus temas o regiones, ha llevado a desestimarla como la contrapartida idónea de una práctica profesional inserta en la crisis estructural del capitalismo tardío en que se debate nuestro país, así como a considerar impostergable buscarle sucedáneos. Por demás está decir que en esta desestima se encuentra, tácita,

y en nuestro caso también se ha anunciado explícitamente, la desaparición de la Teoría tradicional.

De este modo se ha llegado a suponer que su función estaría mejor desempeñada por cualesquiera de las disciplinas que recientemente se han ocupado de la arquitectura de manera más frecuente y mismas que, de este modo, vendrían a ocupar su lugar abriendo nuevos derroteros conceptuales en todos aquellos aspectos que la Teoría habría dejado inexplicados y en otros más respecto de los cuales se habría mostrado renuente y hasta hostil para incorporarlos a su campo de estudio. Así, y sin parar mientes en si acaso la propia estructura de dichos prospectos les permite a cada uno dar cuenta de la totalidad del fenómeno arquitectónico, se le ha injertado, yuxtapuesto o soldado, a un cuerpo de Teoría cada vez más evanescente, pedacera conceptual proveniente de cuños de todo tipo y laya que lejos de conformar un nuevo y consistente cuerpo teórico capaz de explicar los viejos problemas así como los nuevos y actuales dentro de generalizaciones cada vez más amplias, ha coadyuvado, por la inercia misma de la premura, a acentuar cada vez más el desmembramiento, la dispersión y el abaratamiento de los conocimientos respectivos.

Todavía no se cumplimenta la cabal e indefectible crítica de dicha Teoría, es decir, la justipreciación de su haber y su debe, cuenta habida de sus necesarias limitaciones ideológicas, y ya se la decreta periclitada echando mano de la consabida parafernalia terminológica que suele acom-

pañar a este tipo de cuestionamientos; se tergiversan sus cometidos diferenciales y se le asignan otros sin orden ni concierto. No sólo priva el desacuerdo sobre éstos o aquéllos aspectos o tesis específicas de la Teoría, sino que tampoco lo hay respecto de sus cometidos, de su objeto formal y de sus contenidos correspondientes.

No es extraño, por tanto, que en las mismas aulas donde anteriormente se entendía por Teoría de la arquitectura la elaboración de síntesis históricas a través de las cuales diversas formaciones sociales dejaron constancia de su particular y condicionada conceptualización globalizadora de la arquitectura y donde sus múltiples y dispares determinaciones quedaban anudadas en fórmulas de clara raigambre unitaria o, lo que es lo mismo, dialéctica; aquí y ahora, donde no se la ha convertido en un rubro carente de contenido expreso, campea el galimatías más conclusivo y acabado, si es que decir esto no es un contrasentido. Hoy por hoy, la Teoría de la arquitectura ha sido convertida en un campo de Agramante. Bien visto el proceso, tal vez no debiera hablarse de su obsolescencia sino de su inminente e infundado anonadamiento.

Cuatro factores básicos confluyeron para producir este resultado. Se enuncian a continuación, en forma de escueta y promisoría clasificación, sin pretender inducir una prelación en ellos.

El primero, al que por ende le correspondió fungir como el obligado antecedente, fue sin duda el desdén que la nueva burguesía, enriquecida, evidenció, hacia los inicios de los años cincuenta, por una Teoría y unos principios arquitectónicos que muy lejos de avalar sus pretensiones suntuarias se manifestaban como su más opuesto referente.

El segundo de dichos factores se prohibió a partir de la certidumbre de que era indispensable modificar la estructura de la Teoría vigente a fin de que dentro de ella encontraran plena cabida fenómenos sociales relativamente novedosos en nuestra circunstancia nacional y que recién en los albores de los años setenta macularon, súbita y dramáticamente, la conciencia social: nos referimos a la anarquía urbana y el problema de la vivienda, principalmente, pero sin dejar de incluir aquí toda su secuela especulativa de valores, precios y rentas así como la consecuente desposesión de las capas más depauperadas de nuestra sociedad.

El tercero está conformado por la irrupción, en la currícula académica, de los predicados de las modernas ciencias sociales, emanados, la mayoría de ellos, de los fundamentos epistemológicos preconizados por la ciencia de la historia marxista. Esta ciencia cobró carta de ciudadanía dentro del bagaje instrumental del arquitecto, al hacer ver que de ninguna manera era atinado continuar soslayando la impor-

tancia que, para el mejor desempeño profesional, representa el conocimiento de las afectaciones a que está sujeta la producción y valoración arquitectónicas en una sociedad en la que todas las relaciones sociales portan, en más o en menos la impronta mercantil.

De este modo la irrupción y paulatina asimilación por parte de las Escuelas de Arquitectura, de las tesis más avanzadas de las ciencias sociales, de la economía política, de la antropología, de la semiótica, de la psicología y otras más, tuvo como consecuencia el poder apreciar con claridad los amplios terrenos no explorados por la Teoría tradicional: el papel que obligadamente tiene que jugar la obra construida dentro de un sistema económico caracterizado por la producción generalizada de mercancías; sus nexos con las clases sociales dada su función ideológica y su capacidad signíca; la renovada importancia de los legados culturales tradicionales en los proyectos, su impacto dentro de los niveles ecológicos, los problemas derivados de la percepción y la importancia de las metodologías de diseño, son sólo algunos de ellos.

Como resultado de la lucha contra cualquier predicado que se presente, real o aparentemente, apelando a una vigencia intemporal o inespacial y tras de los cuales diversas clases sociales han pretendido cuarecer en muchas oportuni-

des sus intentos de dominación, y también como sedimento lógico de los tres factores anteriores, un punto de partida inicial y correctamente histórico ha derivado en un "relativismo" histórico o epistemológico, según se le vea, constituyéndose en el cuarto y último factor.

Por demás está insistir en que si los tres primeros cuestionan muy seriamente a la Teoría tradicional obligándola a reformular gran parte de sus tesis y a incorporar orgánicamente los aportes de muy variadas disciplinas, el cuarto factor pone en entredicho, sin taxativa de ninguna especie, uno de los cometidos sustanciales de la Teoría de la arquitectura y, de hecho, de toda elaboración con pretensiones de cientificidad: la posibilidad de elaborar generalizaciones o categorizaciones válidas para más de una formación social, es decir, tranhistóricas. Se anularía, así, la necesidad de anudar lo particular con lo general y lo relativo con lo absoluto renunciando, con ello, a construir un concreto mental que pudiera reflejar fielmente lo concreto real. La teoría de la arquitectura, magra y compartimentada en estancos históricos, degeneraría en vacuas caracterizaciones regionales.

Pero antes de reparar con mayor detenimiento en cada uno de estos factores a cuyo través se configura la desestima y el desuso correspondiente en que se tiene a la Teoría de la arquitectura, conviene rememorar un momento de su propia his-

toría, el correspondiente a la etapa conocida como la "Ilustración", para entresacar de ella, básicamente, su capacidad explicativa del fenómeno arquitectónico así como su papel impulsor de una nueva arquitectura. Es viable esperar que transitando por este largo camino contemos con elementos más consistentes para aquilatar en toda su magnitud lo que está en juego con la multicitada obsolescencia de la Teoría de la arquitectura.

CAPITULO I.

El mercantilismo, la competencia económica y el despotismo ilustrado.

La cultura occidental tardó mucho tiempo en cobrar conciencia de las múltiples y decisivas afectaciones a que iba a estar sujeta su estructura económica a consecuencia del primer gran reparto del mundo que consumó hacia fines del siglo XV y principios de XVI. Lo que contemplado todavía al trasluz de su visión predominantemente medieval, parecía no ir más allá de la seguridad de contar con más vastas propiedades que le brindaran los productos requeridos para alcanzar un mayor atesoramiento y el bienestar consiguiente, dió a luz la eclosión tan impensada como exorbitante de las fuerzas del mercado.

No ha lugar a rememorar aquí los pormenores de este extraordinario momento histórico, pero sí procede tener presente hasta qué punto el poder contar con mercados cautivos obligados a absorber cualquier producto, estimuló el afán de comerciar con una intensidad que difícilmente podemos recrear ahora. Tal vez lo desventajoso del comercio que ahí se iniciaba, en el que de una parte se encontraban masas inermes incapaces de oponerse a adquirir los productos que, por la otra, se aprestaban aceleradamente a asestarles, haya sido uno de los acicates sociológicos que alentó tan poderosamente el afán de comercio.

Las viejas necesidades, cuyos ribetes habían sido establecidos con toda la firmeza que otorga el lento decantamiento de las tradiciones y cuya satisfacción se atendió, en la inmensa mayoría de los casos, mediante los recursos que se encontraban al alcance en la demarcación nacional y, aún, en el local, fueron echadas a un lado. Su lugar fue ocupado por nuevas y siempre renovadas necesidades que únicamente podían ser cumplimentadas empleando productos canalizados o extraídos de los países más lejanos y diversos. El asombro que en los pueblos causó la presencia y supuesta disponibilidad de todos esos objetos, aunado al placer inusitado que procuraba su consumo y a los benéficos efectos que todo ello tenía sobre el bienestar, fue lo que llevó a la sociedad a convertir en mercancías incluso los objetos más aparentemente refractarios a caer bajo ese estatuto: como bien se sabe la dignidad, así como el honor, también fueron tasados en dinero. De este modo, la demanda siempre incrementada, retroalimentaba la exigencia de contar con más dinero; mercados y dinero, a su vez, se revertían sobre el conjunto del comercio imprimiéndole el impulso exorbitante al que nos venimos refiriendo. Lo único que iba quedando en pie de toda esta hecatombe mediante la cual se alumbraba un nuevo sistema de vida, era la "desalmada libertad de comercio". (1) No había duda, no podía haberla, respecto a la anchurosa y promisoría vía que se le abría a la humanidad para advenir al

bienestar, al dominio de la naturaleza y, mediante él, al de la historia misma. El motor impulsor de este proceso lo sería el comercio; ¿su correa de transmisión?: el dinero.

Podremos contar con una mejor idea de la gran importancia que revistió este hecho si tenemos en cuenta que coincidió con el momento en que el oro se transmutó, de una simple y llana mercancía más en el mundo de los objetos, para pasar a convertirse en el equivalente universal mediante el cual podía efectuarse el intercambio con prácticamente cualquier otro objeto. Esta posibilidad que brindaba el oro de, mediante su intercambio, poder agenciarse los objetos absolutamente indispensables o simplemente deseables para hacer más placentera la vida -posibilidad casi inexistente en el intercambio mediante trueque- condujo a que su posesión se viera como el elemento sin el cual ningún progreso sería posible, como el punto clave y piedra de toque para acceder a mejores niveles de vida. De este modo y gracias al proceso de encadenamiento infinito de hechos según el cual el efecto de uno se convierte al siguiente momento en causa de otro, la intercambiabilidad absoluta del oro fue permitiendo caer en la cuenta de que no era indispensable involucrarse en guerras desgastantes cuando a través del comercio, es decir, del intercambio tendencialmente generalizado de mercancías, era posible llegar al mismo resultado. Países enteros podrían ser domeñados y cometidos a la férula.

económica, tan eficaz como la política para, pacíficamente, extraerles su oro. Todo dependía de que en el proceso de intercambio de mercancías se contara permanentemente con una balanza comercial favorable, esto es, que se vendiera más de lo que se comprara.

Si bien en un principio el comercio se desarrolló básicamente con las colonias ultramarinas en tanto que mercados cautivos, la mayor capacidad productiva adquirida por algunas de las metrópolis, como Inglaterra y Holanda, impidió, en una segunda instancia, a incrementar la actividad comercial con los demás países europeos que, no obstante no estar sometidos políticamente a los primeros, a la luz del intercambio asumían la forma de asequibles y promisorios adquirentes de productos manufacturados. El oro fluiría de estos países hacia los manufactureros y vendría a sumarse al que algunos de ellos recibían de parte de sus colonias. De este modo se aseguraría el bienestar, el progreso y, más tarde, como machaconamente lo llegaron a repetir en tonos no exentos de misticismo, aún la felicidad misma. La clave de todo estaba en el comercio. Sería éste el que conduciría el oro de todo el mundo a los países que vendieran más y compraran menos. Progresiva y aceleradamente, Europa entera se vio inserta en un proceso de absorción económica de unos países por otros.

Uno de los más lúcidos y activos participantes en

este proceso, fue el español pedro Rodríguez conde de Campo manes, (1723-1803) quien una y otra vez denunció el desfavo rable intercambio mediante el cual los españoles decrementa ban su balanza de pagos en beneficio de los países que ya contaban con manufacturas más productivas. En el pasado in mediato, España había basado su desarrollo en el oro extraí do de América y esto le había generado dos efectos básicos. Por una parte, había dado lugar a un proceso inflacionario a causa del exceso de circulante. En segundo lugar, la había llevado a descuidar el desarrollo de su producción agrí cola. La consecuencia estaba a la vista: la falta de materias primas con que elaborar toda la gama de enseres y menajes de uso cotidiano, los obligaba a adquirirlos del extranjero. Importación que se veía doblemente estimulada si se tienen en cuenta los precios más asequibles de estos últimos. El dinero, y valor que éste representaba, con que se pagaban esos productos, salía de España, empobreciéndola.

"Cuando nuestra labranza se hallaba pujante, estaban las Ciudades, Villas y Lugares de Castilla llenas de fábricas de lanas finas, entrefinas y ordinarias. La mujer e hijas del labrador se ocupaban en beneficiar e hilar la lana y no se conocen paños, estameñas, sargas, bayetas ni cordellates extranjeros entre nosotros. Ahora viste la gente común de géneros de lana fabricados fuera de España y ya se puede contar, sobre once millones de población, a cuánto puede ascender la balanza que paga la nación por este solo ramo. Si se agrega el consumo de las Indias duplicará la pérdida nacional." (2)

Tal estado de cosas forzaba a los países importadores a transferir sus riquezas para irse convirtiendo, paulatina pero persistentemente, en deudores sempiternos con la baja de nivel de vida que ello supone. No puede extrañar, en consecuencia, que adoptaran una serie de medidas protectivas de su economía, que iban desde el elemental rechazo a adquirir artículos extranjeros ya fuera gracias a la pura y simple labor de persuasión, ya mediante la imposición de tasas aduanales restrictivas, hasta llegar, en un momento posterior, a adoptar e imponer políticas tendientes a potenciar su capacidad productiva, convencidos como estaban acerca de la impostergable necesidad de equipararse a los países manufactureros e incipientemente industrializados. A ese respecto, revestía particular importancia hacer más prolíficas dichas políticas fecundándolas mediante su contacto con la ciencia económica. En el mismo sentido, era de la mayor importancia capacitar a la fuerza de trabajo ya fuera en el proceso de producción ya mediante su superación a través de un sistema educativo idóneo a tales fines. De este modo y en lógica defensa ante dicho proceso de deterioro económico, el mismo Campomanes rescata y refrenda, en su celebérrimo Discurso sobre el fomento de la industria popular, (3) la recomendación que ya el propio rey Felipe V (1683-1746) dirigía a sus vasallos a fin de que

"... se vistiesen generalmente de manufacturas de España, restableciendo las fábricas propias y prohibiendo la intro

ducción de los géneros fabricados fuera que pudiesen excusarse." (4)

Luis XIV (1638-1715) le había asignado el trono español a su nieto Felipe V. Pues bien, como se ve, ni la pertenencia a la dinastía de los borbones, ni la deferencia que en lo particular le debía a su abuelo, pudieron evitar que éste se opusiera y luchara en contra de la política económica emprendida por el Rey Sol y su ministro Colbert (1619-1683) y misma que tendía a subyugar a España, como a cualquier otro país que no contara con la productividad económica suficiente para impedirlo, a un régimen de dependencia económica.

Como puede colegirse fácilmente, por primera vez en la historia de la humanidad se había entronizado la competencia comercial a nivel internacional. A partir de aquí, sería bajo las modalidades inherentes a esa relación que cada uno obtendría lo necesario para producir y reproducir su vida. Desde ningún punto de vista se puede caer en la exageración al afirmar que este cambio estructural iba a remover la sociedad hasta sus raíces, trastocando todos los órdenes establecidos. Este trastocamiento, en alguno de cuyos aspectos nos vamos a detener a continuación, iba a poner en el centro máximo de interés, como demiurgo de la sociedad, al comercio mismo. Si era a través del comercio que se tenía la posibilidad de acceder a todos los bienes que podían convertir esta vida en otra que sólo los utopistas habían imaginado, era lógico con-

cluir que era este comercio el que tendría que fungir como polo orientador de todas las actividades. En más o en menos, directa o indirectamente, las prácticas sociales obedecerían al norte magnético que les señalaría la actividad comercial.

A esto es precisamente a lo que se refiere Marx cuando, al tratar de caracterizar la magnitud de los cambios que se iban a suceder dice:

"En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones..." (5)

Es ese carácter mismo del proceso el que lleva a Connard a establecer como uno de los rasgos más acusados del mercantilismo o "teoría del enriquecimiento de las naciones mediante la acumulación de metales preciosos", la preocupación por la "organización y reclamentación de la industria y el comercio". (6)

Antes de pasar a bocetar el contenido y significación de algunas de las modificaciones sociales que van a tener lugar, tal vez no esté por demás dejar asentado que nos vamos a estar refiriendo a este proceso procurando apegarnos a la forma como fue registrado en las conciencias de sus elementos sociales más destacados.

No será aquí donde pongamos en el cen
tro las relaciones sociales que subyacían las formas con que
en la exterioridad fenoménica se manifestaba dicho proceso y
mismas que, como bien se sabe, transcurren en gran medida a
espaldas de los propios actores. Esto último es lo que sobra
damente dejó asentado Marx.

Hasta este momento no había habido en la historia de
la humanidad una sociedad que viviera por y para el enriqueci
miento y mucho menos, para el enriquecimiento logrado a partir
de apropiarse, en un acto de intercambio, del trabajo exceden
te de los productores directos libres. Aun si tomamos en cuen
ta que en todas las formaciones sociales anteriores las clases
dominantes buscaron siempre y en todo caso vivir en el más alto
nivel de comodidad, lujo y saciedad posible, es fácil comprobar
que no eran éstos los objetivos primordiales de su acción; en
todos los casos encontramos otro tipo de metas o valores sobre
determinando a aquéllos, implícita o explícitamente. La bús
queda de los honores militares, la prosecución de una vida
trashumana, la inmolación a algún afán místico-teológico y
otros, fueron valores que animaron otras sociedades en el pasa
do. Esta sociedad de la que venimos hablando es pues la prime
ra que erige en meta y objetivo prioritario el dominio de la
naturaleza no para consolidar valores similares a aquéllos,
sino simple y llanamente para revalorar esta vida en todo lo
que de edónico puede tener.

Ahora bien, no es factible imponer una radicalmente distinta manera de producir la vida y de relacionarse con los semejantes sin verse obligado a pagar altos costos sociales. Para decirlo en otras palabras: de ninguna manera se puede imponer un nuevo sistema económico sin que la clase emergente al poder se vea obligada a enfrentar grandes obstáculos y a remover enormes barreras. Como hemos dicho, y aún tomando en cuenta el paulatino incremento que a lo largo de siglos se había ido alcanzando en el intercambio de productos, no debemos olvidar que salvo casos especiales y en un porcentaje muy menor dentro del monto global de la producción, esos objetos eran demasías producidas en un sistema predominantemente autoconsumista. Muy pocos o nadie podía darse el lujo de confiar en la riesgosa aventura de sobrevivir sobre la base exclusiva del intercambio de productos en momentos históricos en que este intercambio no podía generalizarse. La perspectiva, sin embargo, no sólo de enriquecerse en términos abstractos, sino de poder hacer más atractiva y placentera la vida cotidiana, fue un acicate incontenible que impulsó la voluntad de ciertas clases sociales llevándolas a enfrentar esos obstáculos. ¿Cuáles eran ellos?

En términos generales podríamos responder diciendo: los desocupados y los que no podían o querían insertarse en el nuevo proceso serán vistos como los obstáculos fundamentales e, incluso, como los enemigos del progreso, esto es, del futuro esplendente de la humanidad, porque, ¿cuál podía ser la razón que estas clases o sectores de clase podían esgrimir

a su favor a fin de excusarse plausiblemente de coadyu
var sin, por ello, ser hostilizadas y aniquiladas, cuando lo
que estaba en juego y al alcance de la mano era la posibil-
idad de mejorar la vida, de ajustarla a los designios humanos
a fin de poder, con ello, disfrutar la felicidad en este mun
do? Cuando se plantean metas a tal punto trascendentes, es
fácil imaginar que persona alguna va a poder disculparse de
participar, ni siquiera apelando a los improbables esfuerzos
que exigía tal participación. Así se comprende la saña con
que serían vistos quienes no participan en una u otra forma,
ya sea como beneficiarios o como legatarios.

La nueva sociedad que se va formando, no como un pro-
ceso prefigurado en todos sus intrínsecos, sino como el resul-
tado espontáneo de la conjunción y enfrentamiento de esfuer-
zos individuales muy heterogéneos, no se detiene a preguntar-
se si acaso los inmediatamente marginados de esta nueva socie-
dad lo son por gusto o por necesidad. No importa preguntar
si acaso el ocioso lo es porque ha carecido de la posibilidad
real de ocuparse. Basta con estigmatizarlo y perseguirlo. Así,
a través de la persuasión harta compulsiva y, principalmente,
de la violencia, se irá arrollando paulatina o aceleradamente
a los estamentos y clases que opongan algún obstáculo al des-
arrollo y fortalecimiento de este nuevo modo de producción
e ideal social. En un primer grupo quedarán englobados los
ociosos por pobreza y los ociosos por abundancia: los meneste-
rosos y la nobleza. En un segundo grupo se incluirá a quienes
sí trabajan pero de una manera distinta a como ahora se exige

que se realice el trabajo: los artesanos.

Una vez más, será el conde de Campomanes el que, lanza en ristre, la empresa coantra unos y contra otros, contra nobles y mendigos, sin guardar distingos de ninguna clase. Era la manera de expresar el convencimiento pleno que tenía acerca de la imprescindible necesidad de implantar una nueva organización social que permitiera organizar el trabajo de tal manera que al hacer más expeditos sus procesos, al multiplicar la división en cada una de sus fases y, en consecuencia, al producir a menores costos y de manera más diversificada, pudiera hacer factible el nuevo mundo que se estaba buscando, aquél que todos creían ya a la mano: el de la plenitud vital, el de la satisfacción completa, el umbral de la felicidad. Para estos efectos, el trabajo, y no cualquier trabajo, sino aquél que se ajustara a dichos cartabones, a dicha organización, era el que hacía falta. Los renuentes serían aplastados o, en el mejor de los casos, echados a un lado.

"...la menqua e infamia debe recaer únicamente en los ociosos y mendigos o en aquellos artesanos que por des-
aplicados y viciosos, no se hacen dignos de la consideración general." (7)

En esta lucha sin tregua ni cuartel que es emprendida por los más lúcidos y decididos, incluso algunos de origen noble, en contra de todo un pasado al que en su conjunto no dudan en considerar como el mundo que es necesario

trastocar y revolucionar hasta la médula a fin de que pueda florecer la nueva organización social, con mayor o menor conciencia de todas las consecuencias que traería consigo, toca al intecérrimo Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) amonestar e increpar a la nobleza. No hay la menor duda de que en esta acción coincidía con el conde de Campomanes. Confrontada con el nuevo mundo que entrevefan, la nobleza, como clase social que al pasar del tiempo había devenido fundamentalmente ociosa, no encontraba cabida en un mundo que giraría alrededor del nuevo sistema de trabajo, en tanto el trabajo sería la vía sine qua non para advenir a dicho mundo. No encontraría cabida a menos que... a menos que dejara de comportarse como tal nobleza, esto es, que dejara de ser ociosa y parásita. Sólo serían bienvenidos aquellos de sus miembros que hicieran suyas las cualidades que, al tiempo, denotaban al buen burqués: estudio, trabajo, austeridad, disciplina y una pléyade más como éstas. Las clases sociales, en su etapa revolucionaria abjuraron y lanzan denuestos en contra de la dilapidación, del boato, el hartazgo y otras afines, como que son justamente actitudes como éstas las que, al haberlas sufrido de parte de los dominadores, las han llevado a rechazarlos por medio de movimientos revolucionarios.

"La nobleza, lejos de abrigar y socorrer, debe desconocer y arrojar de su seno estos individuos que la informan y que acaso la hacen aborrecible. Sea noble enhorabuena el que, habiendo heredado de sus mayores, con el esplendor de su linaje, los bienes de fortuna necesarios para conservarle, ha sabido aumentar uno y otro por su aplicación y virtudes. Séalo aquel que, habiendo nacido de familia ilustre, pero pobre, ha sabido, con su estudio y sus servicios, obligar al Estado a que se encargase de su subsistencia y la de su familia; perezcan de necesidad y de miseria los que, habiendo disipado la herencia de sus padres o no sabiendo sacudir la desidia, quieren mantener todavía su esplendor, rodeados por todas partes de la miseria." (8)

Si la nobleza y los mendigos, así como los artesanos indolentes y viciosos, eran incluidos por los próceres de la burguesía en el mismo compartimento social, el de los ociosos, es porque todos ellos compartían en más o en menos, de manera permanente o esporádica, la marginación del proceso de trabajo. Como se ha dicho, es el trabajo y más particularmente, el trabajo organizado según los cánones específicos que exige el proceso manufacturero primero, e industrial después, el metro a partir del cual se va a medir el derecho a la existencia de las clases sociales. Los que se adecúan tienen garantizado su pase a la nueva sociedad. A partir de aquí se discutirán, sobre la base de partida de su incorporación, las medidas convenientes para capacitarlos plenamente. Esto, porque no se trata únicamente de disposición, sino de capacitación, de capacitación manual, intelectual,

tual y espiritual al nuevo sistema. De otro modo, la fuerza de trabajo sería sumamente defectuosa y no se desempeñaría como era necesario.

En tal sentido, los ociosos, además de ser los menos, cuantitativamente hablando, eran los que correspondientemente tenían menor capacitación inicial, previa, heredada, para el trabajo, fuera éste cual fuera. Es por ello que tampoco le representan a los burqueses en ciernes, mayor preparación. Bastaba con dejarlos de lado. A los que no pueden dejar simplemente de lado, porque eran el grueso de la población, es a los campesinos y a los artesanos urbanos. En consecuencia, las actitudes serán otras. Hay en todo esto una lógica fatal.

Algunos países europeos contaban ya con mercados domados y cautivos. No podían, sin embargo, saturarlos con sus productos -tanto para extraerles su oro como los demás bienes que les harían la vida más placentera- dado que su propia estructura productiva no estaba convenientemente organizada para ello. Salvo los casos aislados y fluctuantes en que había intercambiado algunos productos o en que se había adueñado de ellos violentamente, Europa había subsistido a partir de producir artesanalmente. En el mejor de los casos, era el núcleo familiar el que tomaba para sí la faena completa de producción de algunos contados objetos. La producción que se lograba mediante esta organización era, primero, de muy baja

elasticidad. Se trataba, en la mayoría de los casos de objetos cuyo consumo completo es muy lento, es decir, que no se precisa estarlos sustituyendo frecuentemente. Ni por la forma como eran producidos, ni por la idea que se tenía acerca del modo de usarlos, exigían su permanente reposición. En segundo lugar, se trataba de objetos generalmente de baja calidad. La calidad del trabajo artesanal dedicado a la nobleza o a los primeros comerciantes enriquecidos y que aún actualmente sorprende por su virtuosismo, no era, como de suyo se comprende, la calidad promedio que tenían los objetos dirigidos al consumo popular. En tercer lugar, la entrega de los productos estaba sujeta en un alto porcentaje a la incertidumbre; el trabajo artesanal no era un proceso caracterizado por la programación rigurosa de sus fases y momentos ni tampoco de sus tiempos; y, de la misma manera que su calidad dejaba que desear en lo general, también su entrega adolecía de la falta de puntualidad de una fuerza de trabajo no acostumbrada a calendarios rigurosos. Aunque a primera vista podría ser considerada como una mera variante de la baja elasticidad mencionada arriba, debe ser anotado, en cuarto lugar, al carácter no competitivo de la producción artesanal. A esto la conducía, tanto el reducido mercado local para el que usualmente trabajaban, como el hecho de que dicho mercado se caracterizaba por su tónica tradicionalista poco dada a las modificaciones suscitadas por el afán de novedad formal. También coadyuvaba a lo anterior que las ordenanzas reguladoras del

trabajo de los artesanos podían garantizarle al usuario o adquirente una calidad media, justamente en la medida y proporción en que los objetos respectivos se ceñían a diseños y procesos de producción relativamente invariables. Debe recordarse a este respecto, que las ordenanzas proscribían la introducción de nuevos diseños para, precisamente, evitar la competencia entre los propios productores con la idea de mantener tendencialmente estables la oferta y los precios; habría que mencionar, en quinto y sexto lugar y como derivación obligada de lo anterior, los altos valores y precios de los productos artesanales en comparación a los que eran susceptibles de lograrse por medio de la manufactura o de la industria e, igualmente, el que bajo este procedimiento de trabajo no podía tener lugar la producción en serie que exigía el decuplicado comercio.

Otras acerbas críticas les eran endilgadas a los artesanos además de las anteriores. En efecto, se les echaba en cara el escaso o nulo interés mostrado en alentar a sus aprendices y oficiales razón por la cual no acostumbraban ofrecerles premios o estímulos de ninguna índole. De aquí se concluía que el sistema artesanal menguaba la iniciativa que los aprendices serían capaces de desplegar en condiciones más favorables, y misma con la que era imprescindible contar si se tenía como objetivo ganar mercados en medio de la implacable lucha comercial. La competencia comercial a nivel internacional estaba en su apogeo.

Por si no fueran suficientes las críticas anteriores para convalidar prácticamente cualquier acción tendiente a sustituir ese sistema de trabajo por otro más adecuado a las nuevas necesidades, se les espetó una más: la de que no contaban con un sistema educativo que permitiera extender sus conocimientos e introducir al trabajo a los nuevos operarios que se iban integrando. Llegada a este punto, la naciente burguesía está completamente persuadida de las medidas de fondo que tiene que tomar: había que sustituir el sistema artesanal en su conjunto. No bastaba con modificaciones acá o acullá. Pero, de manera más concreta, ¿qué es lo que tenían que revolucionar?

El sistema gremial se les presentaba como un conjunto de fueros, de prebendas, de protecciones que eran las que, de fondo, daban lugar a la secuela de manifestaciones mencionadas. No era necesario lucubrar demasiado para caer en la cuenta de que en la medida en que se liquidaran aquellos fueros, los artesanos se verían obligados indefectiblemente a mejorar sus procedimientos para poder colocar sus productos. Lo que acontecería con cada uno de ellos en lo particular, sería la manifestación individual de lo que sucedería con el todo social: la iniciativa tendría que florcer; los procesos deberían depurarse; la calidad se superaría y se daría nacimiento a sistemas educativos que previeran la posibilidad de que los proyectos o diseños pudieran representarse con precisión, con la misma precisión que les permitiría a otros operarios llevarlos a cabo en otro sitio

y lugar. Había, pues, que destruir prerrogativas, los fueros y, muy expresamente, el monopolio no capitalista que ejercían los gremios sobre la demanda de trabajo.

En efecto, como bien se sabe, las ordenanzas que regulaban el trabajo de los artesanos prevenían toda una serie de requisitos, en ocasiones preconcebidamente complicados y abstrusos, a fin de salvaguardar la demanda que de sus productos se haría. Estas ordenanzas prevenían sanciones diversas para quienes sin haber aprobado todos esos requisitos ofreciesen algún servicio o producto de los reservados para dichos artesanos; sistema que si bien podía garantizar una cierta calidad en el trabajo que se ofrecía al consumidor, a la postre desalentaba la iniciativa personal en la medida y proporción en que al mayor esfuerzo que pudiera poner en su trabajo un artesano no le redundaría beneficio alguno dado que no podía elevar los precios ni la producción. Tampoco podía ir a ofrecer sus servicios a otras localidades. En este sentido los gremios contaban con un monopolio que, como bien lo denuncia el ya citado Campomanes, los llevaba a no esmerarse en su trabajo puesto que en cualquier forma se tendría que recurrir a ellos dado que eran los únicos posibles oferentes.

"El fomento de las artes es incompatible con la subsistencia imperfecta de gremios; ellos hacen estanco de los oficios y a título de ser únicos privados no se toman la fatiga de esmerarse en las artes, porque saben bien que el público los ha de buscar necesariamente y no se para en discernir sus obras." (9)

Esos monopolios precapitalistas, los "estancos" im pedían el incremento de la productividad y consecuentemente debían ser anulados. En la medida que estos gremios podían también contar con algunos fueros, justificaban más las acciones que contra ellos se emprendieron.

Traigamos, una vez más, al multicitado conde de Cam pomanes para hacer sentir, en la reiteración de que hizo gala al denostar contra los gremios y sus fueros, la fuerza de la certidumbre que lo alentaba.

"Nada es más contrario a la industria popular que la erección de gremios y fueros privilegiados, dividiendo en so ciedades pequeñas al pueblo y eximién- dolas de la justicia ordinaria en mu- chos casos.... (10)
El colmo del perjuicio está en las or- denanzas exclusivas y estanco que indu- cen, de manera que impiden la propaga- ción de la industria popular los cona- tos de cada gremio si una ilustrada previsión no los ataja a tiempo... (11)
Para evitar tales perjuicios, conviene no establecer fuero, gremio ni cofradía particular de artesanos, por no condu- cir tales asociaciones al fomento de la industria popular." (12)

Como ya se dijo, los gremios también van a ser un blanco permanente del nuevo sistema a consecuencia de que no contaban con un método pedagógico que pudiera garantizar el adecuado aprendizaje por parte de los alumnos y porque, además, tampoco estaban capacitados para transmitir los cono- cimientos que necesitaba un sistema de producción sustentado en

la disociación más completa entre el productor y el consumidor así como entre el proyectista y el productor. Es claro que el artesano no precisaba, para cumplir la función social que le estaba encomendada en tiempos anteriores, conocer ciertas técnicas de proyectación ni, tampoco, de presentación de dichos proyectos de tal manera que le fuera sencillo a operarios desconocidos el poder elaborar los objetos prefigurados por el artesano. Dado que el artesano trabajó tradicionalmente para una demanda conocida y, muy probablemente, para sus propios vecinos de pueblo, villa, o ciudad, le era sencillo ponerse de acuerdo sobre las características que debía cumplimentar el objeto que iba a ser producido. Cuando el intercambio se generaliza y los productos, que van a ser consumidos por una demanda desconocida, serán, además, producidos por trabajadores igualmente desconocidos, entonces se vuelven de la mayor importancia los sistemas pedagógicos y dentro de ellos algunas materias, tales como el dibujo. Una y otra vez, en España, los profetas del nuevo sistema productivo increpan a los gremios por su carencia de métodos didácticos, por su incapacidad para sustentar las nuevas materias que hacen falta, así como porque se anquilosan en la tradición y no impulsan la floración de la iniciativa en los estudiantes.

"En los gremios de artesanos hay poquísima enseñanza. Falta dibujo en los aprendices, escuela pública de cada oficio y premios a los que adelanten o mejoren la profesión. Todo es tradicional y de poco primor en los oficios por lo común." (13)

"La enseñanza y leyes del aprendizaje es lo que menos se cuida en los Gremios. Ni los Maestros saben dibujo, ni tienen premios los discípulos, ni pruebas públicas de sus maniobras, y todo va por un mecanismo de pura imitación de unos en otros, sin regla, gusto, ni dirección." (14)

Así, la lucha contra los gremios y el ahínco puesto en la búsqueda de un nuevo método de enseñanza se convierten en dos caras de la misma moneda. Si no iban a ser los viejos artesanos quienes proyectaran y elaboraran los nuevos productos que estaba necesitando el comercio, es lógico concluir que debía concederse una gran importancia a los sistemas pedagógicos y al surgimiento de escuelas dotadas con programas de estudio y personal docente ampliamente calificado. El estallido de la Revolución Industrial, por su parte, no hizo sino poner más en evidencia la inmediatez con que el programa educativo debía ser resuelto: la capacitación de la mano de obra para los novedosos sistemas de producción no podía dilatarse a riesgo de quedarse rezagado en la carrera comercial.

"....la mayor parte de la literatura artística de nuestra segunda mitad del siglo XVIII, tienen una marcada voluntad pedagógica. Lo que se discutía una y otra vez fue el contenido ideal de la enseñanza artística y los medios para llevarla a cabo de manera eficaz." (15)

Pevsner, por su parte, insiste en el mismo hecho:

"También se había producido un cambio significativo entre el siglo XVII y la última parte del XVIII en la actitud general sobre educación y teorías educativas." (16)

El énfasis puesto en la educación muestra muy a las claras que los promotores del nuevo orden económico en España estaban muy concientes de que si el objetivo era conformar una fuerza de trabajo que hiciera factible la competencia comercial con los demás países europeos, no bastaba, ciertamente, con disociar a los antiguos campesinos y artesanos de sus medios de trabajo para obligarlos a inscribirse como asalariados en las pujantes manufacturas y fábricas. Es to último, si bien permitiría escamotearles la diferencia en valor que media entre el costo de reposición de su fuerza de trabajo respecto del valor nuevo producido por ellos en el proceso productivo -diferencia cuya apropiación daba sentido y razón a toda la acción de la novel burguesía-, no bastaba por sí misma para constituir la disposición anímica favorable al tipo de trabajo que iba a desempeñar ni, mucho menos, alcanzaba a conferirle la capacitación correlativa. Así vis tas las cosas, les era muy claro que había que liberar a la fuerza de trabajo en el doble sentido que es ampliamente con o c i d o: respecto de sus medios de producción vía la desposesión, y de las dependencias y férulas de todo cuño y laya que pro h i j a n su anquilosamiento, vía el orden democrático. Dicha libe r a c i o n era la condición básica sin cuyo cumplimiento resultaría frustránea cualesquiera otra de las obligadas medidas com pl e m e n t a r i a s. Como se ve, se trataba de la condición necesaria, pero no suficiente. Y aquello en que no era suficiente, era, precisamente, el campo de acción que sólo podía ser llenado por una adecuada y revolucionaria política educativa que sustituyera el sistema practicista artesanal dando nacimiento

a otro dotado de planes y programas, con instalaciones, material didáctico y personal docente ad hoc. La hora de las Aca demias había sonado. A ellas les estaría encomendado conformar esa fuerza de trabajo despertando su iniciativa, sujetándola a la disciplina del diseño, acostumbrándola a subsistir sólo dentro de la competencia y a promoverse acuciada por el ansia de estímulos económicos. Pero, ¿qué métodos didácticos se seguirían? ¿Cuáles conocimientos se dejarían de lado en aras del nuevo ideal? ¿Cuáles serían impulsados? Gran parte de las ideas que van a revolucionar la práctica educativa provendrán de la primera Revolución científica de la cual la Ilustración fue heredera.

La primera Revolución científica, la Ilustración.

"¡Sapere aude! ¡ten el valor de servirte de tu propia razón! he aquí el lema de la Ilustración." Kant.

Es durante la preeminencia de esta etapa económica conocida como mercantilismo e inclusive y según los casos particulares, durante el tránsito de ésta a la fisiocracia, que tiene lugar ese momento tan importante en el desarrollo del conocimiento científico y filosófico conocido como la Ilustración o el Siglo de las luces. Con esta designación se ha pretendido englobar el proceso que tiene lugar, principalmente, en Alemania, Francia e Inglaterra durante el siglo XVIII.

Dejemos de lado la cuestión que varios escritores han

puesto de relieve acerca de si esos términos reflejan cabalmente el carácter de las tendencias intelectuales y políticas que se produjeron en ese momento en los países mencionados. En todo caso y no obstante lo anterior, parece legítimo afirmar que en dicho momento predominó, hasta el punto de hipostasiarlo, el optimismo en el poder de la razón y en la capacidad de reorganizar la sociedad a partir suyo y de los principios que iba descubriendo.

Esta euforia reaccionalista era permanentemente retroalimentada por el ambiente propicio que el mercantilismo generaba en torno suyo solicitando día con día técnicas nuevas, nuevos campos de la naturaleza que explotar, así como más y mejores sistemas para organizar la producción. Los resultados alcanzados al aplicar los más diversos conocimientos científicos a la producción de objetos que, a su vez, procuraban una vida más placentera para algunas clases de la sociedad, se revertían una y otra vez en la razón que los había producido, confiriéndole a ésta el carácter de demiurgo de lo real que llega a tener en Hegel. Esta confianza superlativa en el poder de la razón, en su capacidad para dominar al mundo; este endiosamiento que se hizo de ella, sin taxativa alguna, era un producto necesario, obligado, de la primera "Revolución Científica" que llevó a cabo la sociedad occidental.

A partir, aproximadamente, de mediados del siglo XV se darían de manera reiterada y consistente los primeros pasos de lo que, a lo largo de dos siglos y medio se iba a conformar

como uno de los procesos de mayor trascendencia en la historia de la humanidad. Algunos historiadores, como Herbert Butterfield no dudan en calificar a la "Revolución Científica" como un acontecimiento que engloba a los ya conocidos procesos que tuvieron lugar durante el Renacimiento y la Reforma y llega incluso a considerar a éstos como meros episodios de aquélla. La "Revolución Científica" nos dice este autor, acabó "eclipsando" la filosofía escolástica así como ¡"todo lo acaecido desde el nacimiento de la cristiandad"! (17) y a tal punto trastocó el sentido de las concepciones del mundo que hasta ese momento se mantenían vigentes, así como el interior más profundo de la vida misma, que no duda en calificarla de

"verdadera fuente del mundo y de la mentalidad modernas...." (18)

Otro historiador de la ciencia tan prestigiado como John D. Bernal, no obstante que nos anticipa su desacuerdo de fondo respecto del análisis de Butterfield, comparte con él la importancia que en la historia de la humanidad tuvo esta revolución. Por su parte, no duda en asegurar que es a partir de ella que el conocimiento científico se afirmó de manera definitiva dentro de las fuerzas productivas de la sociedad.

"Desde una perspectiva histórica general este hecho fue mucho más importante que los acontecimientos políticos o económicos de la época; porque el capitalismo únicamente representa una etapa transitoria en la evolución económica de la sociedad, mientras que la ciencia es una adquisición permanente de la humanidad

dad. Si bien el capitalismo sirvió primero para hacer posible a la ciencia, después la ciencia ha servido para hacer innecesario al capitalismo." (19)

Si bien fue la fuerza propulsora del comercio la que impulsó a la "Revolución Científica", en un momento posterior es esa misma Revolución la que dió a la luz descubrimientos que en todos los órdenes y niveles, venían a abrirle perspectivas igualmente anchurosas a la producción de la vida misma. Fue la eclosión de esta potencia la fuerza social la que, a su vez, dió lugar a la primera Revolución Industrial en un inacabable y veloz proceso interactivo.

No es exagerado afirmar que esta "Revolución Científica" trastocó sustancialmente la concepción que se tenía del mundo, de una "cualitativa, continua, limitada y religiosa, que los escolásticos musulmanes y cristianos habían heredado de los griegos" (20) a otra "cuantitativa, atómica, secular y extendida hasta el infinito" (21). El conocimiento dejó de ser lo que había sido hasta este momento: una vía para que el hombre se reconciliara y conformara con el mundo; para pasar a ser "un medio de dominio sobre la naturaleza, a través del conocimiento de sus leyes eternas" (22). Según el mismo Bernal, esta primera "revolución abarca tres fases principales" que serían: el Renacimiento de 1440 a 1540; las Guerras de Religión de 1540 a 1650 y la Restauración de 1650 a 1690. (23)

A partir de ellas no se dudó en considerar que en el dominio de la naturaleza consistía la tarea básica de la humanidad y, tampoco en ver el pasado como la consecuencia de un conjunto de errores, mismos que podrían haber sido evitados de haberse aplicado suficientemente el primado de la razón. La misma razón que gracias a una observación minuciosa pudo llegar a conocer cabalmente a la naturaleza en el momento que se despojó, tanto de las trabas que le habían impuesto concepciones místicas y silogismos abstrusos, como de una actitud demasiado indolente por parte del hombre mismo, sería la que ahora, consciente de su poder y de los métodos que debiera seguir en la prosecución infinita del conocimiento, haría posible construir en adelante un mundo racional. De este modo la razón es vista, a partir de la Ilustración, como una "fuerza para transformar lo real". (24) No se trataba nos dice Cassirer de ideas con las cuales naciera el ser humano, innatas e intrínsecas a su naturaleza, sino de capacidades susceptibles de desarrollarse a través de la experiencia. (25)

Quienes logran sobrevivir y destacar inmersos en esta vorágine racionalista, no pueden menos que suponer que son los poderes intrínsecos de la razón, los que estaban transformando el mundo en uno más adecuado a la naturaleza humana. Del mismo modo, se veían llevados a considerar que si todos los individuos contaban con dichas capacidades, culpa sería-

de éstos el no desplegarlas. En su celeberrimo opúsculo ¿Qué es la ilustración? Kant plantea esta idea con toda claridad. Para él, la ilustración se definía como la "liberación del hombre de su culpable incapacidad". (26) La incapacidad residía en no servirse de su propia razón, sino atenerse a la de otro; la culpabilidad, en lo anterior acontecía por falta de decisión y valor para servirse de ella. En frases que a partir de él se repiten una y otra vez afirmó que eran la "pereza" y "cobardía" la causa de que numerosos hombres no se liberen y de que les hagan a otros tan fácil el dominarlos a ellos.

"¡Es tan cómodo no estar emancipado! tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribe las dietas, etc., así que no necesito molestarme. Si puedo pagar no me hace falta pensar: ya habrá otros que tomen a su cargo, en mi nombre, tan fastidiosa tarea. Los tutores, que tan bondadosamente se han arrogado este oficio, cuidan muy bien que la gran mayoría de los hombres (y no digamos que todo el sexo bello) considere el paso de la emancipación, además de muy difícil, en extremo peligroso." (27)

Kant no se detiene aquí. Sostiene que esa incapacidad, que esa pereza y cobardía, se han convertido, para muchos en una segunda naturaleza a la que han llegado a afincarse hasta el punto de sentirse realmente incapaces de servirse de su propia razón. No obstante su inicial afirmación, posteriormente sostiene que dicha incapacidad encuentra otra

explicación: la de que nunca se les permitió intentar la aventura de pensar por sí mismos. ¿De qué eran pues culpables esos hombres si, como él mismo dice, no habían tenido la oportunidad de ser distintos? De que tal situación podía justificarse para un pasado, pero no para un presente en el que se les había "abierto todo el campo para trabajar libremente en ese empeño". (28) Como se ve, la concepción histórica de Kant relativa a este punto concedía poca importancia al peso de la historia misma.

Naturaleza y sociedad podían ser conocidas y dominadas por la razón. ¿La prueba? los descubrimientos y las técnicas mediante las cuales la vida se alargaba y se hacía más aceptable permitiendo entrever la posibilidad de alcanzar la felicidad misma. En España, estas ideas fueron expresadas por el más destacado de los ilustrados, por Jovellanos, en los siguientes términos:

"Reconozcamos, pues, que no teniendo otra superioridad que la de nuestra razón, si por ella dominamos en la naturaleza, debemos también dominar según ella." (29)

La felicidad: efecto causal del enriquecimiento y de la ilustración.

Es sumamente difícil recrear ahora la conmoción que en la vida social y en la psicología personal produjo la "Revolución Científica". Parecía como si cada nuevo descubrimiento tuviera un correlato directo en la mejora de la vida y como si sólo fuera cuestión de un poco de tiempo para que tam -

bién produjeran ese mismo efecto, inclusive, los más abstractos y etéreos. Día con día se alargaba la vida y se hacía más cómoda gracias a la afluencia en el mercado de productos provenientes de todos los confines del mundo. La vida, esta vida, podría llegar a ser enormemente más placentera de lo que pudieran imaginar todos los profetas y visionarios de nuevos mundos.

No puede extrañar, pues, que los países donde este proceso se estaba desarrollando más consistentemente, vincularan indisolublemente el racionalismo con la ciencia y la felicidad. Era, sí, ¡la "felicidad"! una realidad al alcance de la mano, al alcance de la humanidad. Ninguna formación social precedente había considerado posible esta meta. La felicidad de que se llegó a hablar en otros momentos, era la felicidad de otro mundo, la utópica felicidad del más allá que algunos bienaventurados tendrían al ver a Dios. La felicidad de que se habló a partir de la Ilustración, era la felicidad de este mundo, la felicidad aquí y ahora, la felicidad que entreveían los revolucionarios de este momento: los burgueses y sus ideólogos..... tal vez más éstos que aquéllos.

¿Qué era la felicidad para los ilustrados españoles? Una vez más, es prototípica la definición ofrecida por Jovellanos en la alocución que lleva el sugerente título de: "Discurso dirigido a la Sociedad Real de Amigos del País de

Asturias sobre los medios de promover la felicidad de aquel principado":

"...Entiendo aquí por felicidad aquel estado de abundancia y comodidades que debe procurar todo buen gobierno a sus individuos (30).

Ya se ha dicho que la abundancia y las comodidades a que se refiere el gran asturiano iban a ser una consecuencia obligada tanto de la riqueza que provenía de la exacción ejercida sobre las colonias, como de la adopción de un nuevo sistema de trabajo en las metrópolis.

En la felicidad, que parece funcionar como la meta que por ser más elevada organiza, determina y ejerce una compulsión sobre todas las demás, convergen todas esas otras metas parciales. La riqueza no es vista únicamente como consecuencia de una balanza de pagos favorable, sino que es el resultado del trabajo y el trabajo, a su vez, se potenciaría en la medida en que se esparciera y consolidara una instrucción adecuada en las masas trabajadoras.

"Ilustradle, pues, en las primeras letras, y refundid en ellas toda la educación que conviene a su clase... Abridle así la entrada a las profesiones industriosas y ponedle en los senderos de la virtud y de la fortuna. Educadle, y dándole así un derecho a la felicidad, labraréis vuestra gloria y la de vuestra patria." (31)

"...¿Cómo es que, cuidándose tanto de multiplicar los individuos que concurren al aumento de trabajo, porque el trabajo es la fuente de la riqueza, no se ha cuidado igualmente de multiplicar los que concurren al aumento de la instrucción, sin la cual ni el trabajo se perfecciona, ni la riqueza se adquiere, ni se puede alcanzar ninguno de los bienes que constituyen la pública felicidad? (32)

Esta instrucción por su parte, y en un encadenamiento dialéctico cuya consistencia y coherencia internas asombran profundamente todavía en la actualidad, mejoraría la capacidad para el proceso de trabajo específico; esta mejoría, elevaría las facultades físicas y morales del ser humano, lo que a su vez repercutiría en el acrecentamiento de la virtud desterrándose, así vicios como la "flojedad" y la "holgazanería" para, en un último término, hacer factible la felicidad.

"¿Quién no ve que, perfeccionadas por una parte las facultades físicas y morales del hombre, y por otra los sistemas de asociación que los reúnen, debe mejorarse la conducta pública y privada de los pueblos, y que sus males y desórdenes menguarán en razón inversa de lo que crezca su ilustración? ¿Quién no ve que en el progreso de esta ilustración los gobiernos bajarán sólo y constantemente en la felicidad de los gobernados, y que las naciones, en vez de perseguirse y destrozarse por miserables objetos de interés y ambición, estrecharán entre sí los vínculos de amor y fraternidad a que las destinó la Providencia?..... (33)

No se trataba únicamente, pues, de una felicidad pro
ducida por el hartazgo, sino de aquella situación que haría
posible el trabajo y las cualidades más convenientes a su
propio desarrollo.

"Es imposible amar el bien público y adu-
lar las pasiones desordenadas del ocio.
La actividad del pueblo es el verdadero
móvil que le puede conducir a la prosperi-
dad." (34)

Los ilustrados fueron unos honestos convencidos del
poder que tenía la razón, al aplicarse a todos los ámbitos
de la vida, de crear un mundo tal en que desterrándose con-
cepciones periclitadas y obsoletas, se diera lugar a que emer-
gieran cualidades morales y metas espirituales que harían po-
sible ese estado de bienestar por el que estaban luchando.
En este sentido, se inscriben dentro del materialismo más
acabado.

"Cansado al fin de perderse en la oscuri-
dad de las indagaciones metafísicas, que
por tantos siglos habían ocupado estéril-
mente su razón, vuelve hacia sí, contem-
pla la naturaleza, cría las ciencias que
la tienen por objeto, engrandece su ser,
conoce todo el vigor de su espíritu y su-
jeta la felicidad a su albedrío. (35)

"Con la instrucción, todo se mejora y flo-
rece; sin ella, todo decae y se arruina
en un estado." (36)

Debe enfatizarse que se trataba de una felicidad enteramente dependiente de la riqueza, de la constantemente incrementada posibilidad de consumir mayores cantidades de un sinnúmero de satisfactores. Se trataba, no es necesario extenderse más, de una felicidad entendida a la manera de, y procreada por, los comerciantes, para quienes ese mayor consumo les garantizaba la realización de su capital y la extracción de plusvalía, sí, pero de unos comerciantes que encontraban renovado eco en una sociedad paulatinamente ganada al consumismo y misma que, entre codiciosa y enajenada, concedía su aprobación a ese concepto de felicidad. ¿Cómo reaccionaron la mayoría de los gobiernos ante esta nueva concepción del mundo? "Si los pueblos (que) no eran ricos, no podían ser libres ni dichosos", diría Jovellanos, a los gobiernos no les restaba otra cosa que no fuera alentar "el aumento de las fortunas privadas." (37)

No se trataba añade Campomanes de seguir distribuyendo cuantiosas limosnas, como lo hacía el clero español, vía que no hacía industriosos a los menesterosos y que, por otra parte, los acostumbraba a esperar siempre de fuera la solución a sus problemas. Mucho mejor sería, afirmó, que esos dineros se ocuparan en fundar industrias para que la gente mejorara y a través de su trabajo encontrara la satisfacción de sus necesidades.

"El Clero de España se distingue por su

piedad y cuantiosas limosnas. Distribuí -
das éstas con sistema uniforme, como ya
lo están haciendo muchos, todo el Reino
se volverá industrial. Se logrará el im-
portante plan de desterrar radicalmente
la flojedad y exterminar los resabios y
malas costumbres que causa la holgazane-
ría, tan contraria a los preceptos de la
religión como a la pública felicidad del
Reino." (38)

Hasta qué punto los ilustrados estaban convencidos
de que la felicidad depende del ejercicio del trabajo y, ló-
gicamente, del beneficio que deberían proporcionar los pro-
ductos del trabajo, podemos también aquilatarlo en la críti-
ca a fondo que llegaron a hacerle, aún a aquellos destacados
literatos que en sus obras elogiaban la pobreza. En la crí-
tica que Campomanes dirige a Lope de Vega por haber éste es-
crito una obra cuyo título era: "La pobreza no es vileza"
Campomanes lo confuta haciéndole ver que hace mucho mal quien
halaga la ociosidad, pues así, "el pueblo indocto cree que to-
do pobre es honrado".

"En nuestras comedias se han infundido má-
ximas bien perjudiciales, é indiscretas,
que conducen a halagar la ociosidad. La
pobreza voluntaria es deshonor y aun deli-
to: con todo Lope de Vega, sin hacer esta
distinción, intitula a una de sus come-
dias: La pobreza no es vileza. De donde
el pueblo indocto cree, que todo pobre es
honrado; y este mismo público oye, que
las artes mecánicas causa deshonor ejerci-
tarlas. Vea el cuerdo, si el vulgo obra
consiguientemente a los principios comun-
mente recibidos; cuando prefiere el ocio
descansado a la fatiga de un oficio peno-
so y difícil de aprender, que cree le des-
honra: manteniéndose en la descansada po-

breza que piensa no le causa nota." (39)

Nos hemos extendido en la concepción que los ilustrados tuvieron de la felicidad, como una meta susceptible de ser alcanzada a partir de las profundas y revolucionarias medidas que estaban imponiendo de buen grado o a contrapelo de las clases sociales actuantes en ese momento histórico, porque importa mucho tener una clara idea de hasta qué punto estaban imbuídos ^{en} lo más profundo de su conciencia, de las inimaginables ventajas que se derivarían del nuevo orden que algunos estaban impulsando a través de dichas medidas. Como hemos dicho anteriormente, quienes se sienten alentados por metas a tal punto trascendentes, se ven necesariamente compelidos a arrasar con todo cuanto se les oponga. De aquí al mesianismo, no hay más que un paso.

Importa, igualmente, no soslayar la indisoluble relación que, para esos fines, tienen todas y cada una de las instancias de la dinámica social. No es posible, si se quiere tener una mejor idea de lo que fue la ilustración, desmembrar, separar una o varias de dichas instancias violentando su íntima compenetración dialéctica. Recapitulando, traigamos a cuento lo que afirmó Touchard al respecto.

"El tema de la felicidad ocupa un amplio lugar en la mayoría de los filósofos del siglo XVIII; felicidad del equilibrio en Montesquieu, de la acción útil del Voltairre, el ensueño en Rousseau, etc. La felici

ciudad es una idea nueva en Europa."...el concepto de utilidad es asimismo la base del optimismo dominante... Este concepto de utilidad...no es exclusiva del denominado "utilitarismo inglés", sino que también los enciclopedistas, los fisiócratas, los creadores de la economía liberal, los déspotas ilustrados y los teóricos de la Revolución Americana comparten la misma idea y parten del mismo supuesto". (40)

Una muestra más de que el poder de la razón no en -
contraba valla impasable, consistía en las leyes que distin-
tos gobiernos iban dictando de manera sucesiva teniendo pre-
sente la manifestación y fortalecimiento de ese estado de co-
sas: ¡los déspotas también se iban ilustrando!

El despotismo ilustrado.

En efecto, el siglo XVIII puede ser caracterizado desde un punto de vista político como el siglo de los Déspotas Ilustrados, calificación que "parece ser,...fueron los historiadores alemanes del siglo XIX los que (la) usaron por primera vez" (41). Una vez más, son las ventajas fácilmente perceptibles que conllevaba la generalización del comercio y el intercambio de mercancías a todos los niveles, las que desde el siglo XVII, pero particularmente en el XVIII convencieron a los reyes absolutos de la conveniencia de proteger e impulsar dicho conjunto de relaciones productivas. Teniendo presente la riqueza que aceleradamente iban acumulando al

gunas capas de la sociedad, así como los mayores ingresos que los gobiernos de los Estados avanzados podían percibir a través de los impuestos a la importación y a la exportación, estos monarcas adoptaron políticas proteccionistas a través de las cuales pudiera incrementarse el intercambio de mercancías. Según lo necesitaran, adoptaban medidas proteccionistas en sentido estricto, esto es: cierre de aduanas y elevación en los impuestos a los productos que, provenientes del extranjero, podían competir con ventaja respecto de los elaborados en sus respectivos países. En otros, y siempre y cuando estuvieran a la cabeza por lo que se refiere a la producción de ciertos objetos cuya venta les representaría altas ganancias, adoptaban políticas "liberales" preconizándole al contendiente extranjero la apertura de sus aduanas respectivas. Pero en todos los casos se trataba de medidas incluidas dentro de políticas proteccionistas en un sentido amplio del término, mismas que en no pocos casos los obligaron a supervisar íntegramente el proceso productivo específico, vigilando el cabal cumplimiento de los contratos contraídos por lo que a tiempos y calidades se refiere.

Dentro de esta denominación se incluye a monarcas como Federico II de Prusia, Catalina II de Rusia, José II en Austria, Gustavo III en Suecia, Stanislaw Augusto en Polonia (42) y, también a Felipe V y Carlos III y IV, estos últimos, de España, como los más representativos. Por lo ya dicho, se les podría caracterizar a partir de su obsesión in

tervencionista en todos los órdenes y niveles de la estructura económica y de la superestructura política ideológica, así como por la protección que brindaron al nuevo sistema económico que está naciendo conjuntamente con ellos. Según Touchard son los monarcas que indujeron un proceso de racionalización en las políticas estatales (43) y que, siempre y cuando no se subvertiera el orden establecido intentando sustituirlo por otro distinto, estaban persuadidos de las ventajas irrecusables que conllevaba asumir las políticas económicas que beneficiaban la generalización del intercambio (44). Esta última actitud podría ser expresada a través de un adagio que se utiliza mucho para calificar a estos monarcas y a la estrategia que aplicaban en su relación gubernamental: "todo para el pueblo, nada por el pueblo".(45)

Como lo veremos posteriormente con más detalle, y en referencia a la producción artística, estas monarquías extendieron su papel protectorio también a la educación, trastocando a través de un sin número de medidas, los procesos de producción inadecuados a las nuevas finalidades y condiciones en que se estaba planteando el comercio nacional e internacional. En contrapartida con esto, propiciaron entre otras muchas, la creación de las Academias de arte como las instituciones en las cuales se proporcionaría la educación adecuada para formar a quienes tendrían en sus manos la responsabilidad de incrementar dicho comercio. En este sentido auspiciaron, también, la implantación de nuevos métodos pedagógicos y

lo que en nuestros tiempos, titularíamos de "intercambio académico", a fin de proveer a dichas Academias del personal docente más capacitado. Entramos aquí a una de las empresas más interesantes de la Ilustración.

La educación del despotismo ilustrado.

En la medida en que, como hemos dicho, los déspotas ilustrados provenían de y heredaban los trascendentales aportes logrados por la Revolución Científica en materia de descubrimientos tanto científicos como técnicos; en la medida en que, a partir de lo mismo, disfrutaban ya para un uso más o menos cotidiano de objetos que hasta ese momento habían sido de lujo o escasos, e igualmente el comercio les había hecho asequibles los productos provenientes del Oriente y del Occidente y de que todo lo anterior y mucho más había sido obtenido, pensaban ellos, gracias a los poderes intrínsecos de la razón, se veían llevados por la lógica misma de estos hechos a propiciar el desarrollo de la educación en todos los estratos sociales. Incidiríamos en un reduccionismo inaceptable si no tuviéramos presente que el despotismo ilustrado — que a la postre no es otra cosa que la forma de gobierno que mediaba entre la liquidación definitiva del feudalismo y la mayoría de edad del capitalismo — alentó la implantación del nuevo sistema económico al confirmar que su supremacía sobre el anterior se expresaba no solamente en una mucho mayor acumulación de capital y riqueza, sino en — que ese nuevo sistema repercutía fecundamente en prácticamente

todos los órdenes de la existencia. De este modo se explica que la labor educativa fuera vista por el despotismo ilustrado como otro de los campos en que también tenían que desplegar una actividad impulsora.

Ahora bien, antes del siglo XVIII, en términos generales, no existían las escuelas con el carácter y sentido que ahora las conocemos. Con lo que se contaba era con la educación que proporcionaban, por una parte, las universidades y los colegios y, por la otra, con la educación no escolarizada que en materia de artes y oficios brindaban los maestros artesanos. La educación impartida por las universidades tenía por objeto formar al personal religioso dentro de las tradiciones escolásticas y aristotélico-tomistas, en materia de filosofía y teología. Con independencia de lo que tales estudios significaron en la conformación y consolidación del poder en la época feudal, es claro que su ingerencia en los procesos específicos de producción de valores de uso era mínima y prácticamente despreciable. No eran estas famosas universidades los centros capaces de llevar adelante el tipo de educación y de enseñanza que necesitaban las nacientes manufacturas a fin de poder competir en el mercado nacional e internacional. La filosofía escolástica y la teología de la cual se acompañó, poco o nada tenía que hacer en la educación especializada de diseñadores, supervisores y operarios, máxime si se tiene en cuenta que, a otro nivel, la "Revolución Científica", los sistemas racionalistas filosóficos del siglo XVII y la Ilustración, aunados, estaban luchado directa o indirectamente, callada o abiertamente, contra esa filosofía, y contra su modo de concebir el conocimiento al margen de-

la observación directa, de la comprobación y experimentación.

Tampoco constituía una alternativa confiable la que presentaba la "enseñanza pública" tal y como ésta se impartía en los "colegios" y respecto de la cual, D'Alembert se expresaba mordazmente, haciendo ver que después de haber aprendido lo que en ellos se enseñaba en cualesquiera de los cinco grandes apartados: humanidades, retórica, filosofía, costumbres y religión, el alumno egresaría con "un grado más de imbecilidad y de ignorancia" (46):

"Y por esta razón resulta que un muchacho, tras de haber pasado en un colegio diez años que deben colocarse entre el número de los más preciosos de la vida, sale de él cuando mejor ha empleado su tiempo, con un conocimiento muy imperfecto de una lengua muerta, con preceptos de retórica y principios de filosofía que debe tratar de olvidar; frecuentemente con una corrupción de costumbres cuya menor consecuencia es la alteración de la salud; a veces con principios de una devoción mal entendida, pero más generalmente con un conocimiento de la religión tan superficial que sucumbe ésta a la primera conversación impía o ante la primera lectura peligrosa.: (47)

D'Alembert tenía su propia propuesta acerca de lo que debería contener un plan de estudios adecuado para propiciar el desarrollo de las mejores facultades de los estudiantes, así como para hacerlos más provechosos a la sociedad, mediante el despliegue de ellas. Sumándose a los planteamientos de un "hombre cui

to" a quien conocía, empezaba ratificando que sería mucho más provechoso "que se estudiase la historia al revés: es decir, comenzando por nuestra época y subiendo de ahí a los siglos pasados" (48); que, en lo referente a la retórica no se limitasen a leer a los autores antiguos, sino que se diesen a la tarea de "criticarlos con frecuencia" (49) para, del mismo modo, reducir la filosofía a unas cuantas líneas de lógica, a un resumen de Locke, al estudio de Séneca y Epicteto y en la física a los experimentos y a la geometría, "que es la mejor de todas las lógicas y físicas" (50). En todo caso, reiteraba D'Alembert, correspondía al gobierno modificar el estado de cosas imperante en materia de educación. No podemos menos que señalar, aquí, el carácter eminentemente pragmático y utilitario de las propuestas de los intelectuales ilustrados.

La otra educación, la que estaba directamente enlazada con la producción, estaba en manos de los artesanos. Sujeta a ordenanzas mil, era una educación de corte empírico legitimada en los beneficios que se derivan del hacer mismo, pero carente de orden y concierto. Era la educación asistemática que los aprendices recibían de los maestros en el curso mismo de los procesos de trabajo. Las grandes limitaciones de la educación no escolarizada artesanal puestas en evidencia por la exigencia mercantilista de elevar la productividad, no podían ser compensadas por los beneficios derivados del contacto directo que el aprendiz tenía en el proceso productivo; el número de aprendices que cada artesano podía tener bajo su cargo era sumamente reducido, pero, por sobre todas las cosas, la preparación ofrecida poco o nada tenía que ver con la que exigía el proceso manufacturero industrial. Por último, al no estar sujeta a ningún criterio esta

blecido y cuya observación fuera obligatoria para alumnos y maestros, es claro que los resultados que a través de ella se alcanzaban estaban sujetos, en un alto grado, al azar. La tónica sistemática, estandarizada, de producción en serie destinada a consumidores desconocidos y misma que exigía la disociación del productor directo de sus medios de producción, no se podía avenir ni con el sistema artesanal ni con el de enseñanza correspondiente, y no se avino. ¿Resultado? La indefectible sustitución de los artesanos en tanto que portadores y representantes concretos de los gremios por otro tipo de trabajador y de escuelas adecuadas a la nueva formación que se requería.

Ahora bien, ¿cuáles eran las materias o "conocimientos" que debían ser definitivamente proscritos de la enseñanza y, recíprocamente, cuáles debían ser propugnados? ¿en qué sistemas didácticos confiar para contar con la suficiente seguridad de que a su través se alcanzarían las metas en cuya visualización general casi todos estaban de acuerdo? ¿quién podía establecer el contenido de los planes y programas? Las preguntas anteriores tenían sentido si se tiene claramente presente que, como se ha dicho, la incipiente burguesía no contaba con experiencia específica previa sobre estos temas y porque una cosa es tener una idea suficientemente clara de adónde se quiere ir y otra muy distinta es saber cuál es el camino preciso. Es más, bien podría afirmarse que en lo que existía casi unanimidad, es en lo que no se debía reiterar, en lo que no se debía enseñar.

Como veremos con más amplitud en lo que sigue y por lo que toca a este aspecto del problema, es decir, a su parte necesariamente destructiva, a lo que de manera ineluctable debía de

ser echado al cesto de la historia, ahí estaban la miríada de escritos en los que se lanzaban denuestos contra el pasado, se hacía escarnio de él, se le vituperaba y se le espetaban, ¿cómo habían de faltar?, densos discursos filosóficos evidenciando la falta de consistencia de los planteamientos precedentes. No en balde, dentro del mismo Antiguo Régimen se habían ido acumulando, gota a gota, todos los argumentos que, doscientos años más tarde habían de convertirse en el torrente que arrasaría con todo el, ahora, nefasto pasado. Para decirlo a manera de apotegma: a las clases revolucionarias les es más sencillo configurar el conjunto de hechos, situaciones y relaciones que deben ser subvertidos. Mucho más difícil es encontrar unanimidad en la forma que debe asumir aquello que vendrá a sustituirlo. Aquí, como en todo, los radicales se enfrentaban a los ponderados, los inmediatistas a los visionarios, los tácticos a los estrategas, los empresarios a los políticos.

Los ilustrados no tuvieron clara conciencia, al menos en primera instancia, de las soterradas fuerzas que coincidieron para hacer posible la primera revolución científica, de la que eran herederos. A diferencia de ese ocultamiento, típicamente ideológico, la tuvieron y bastante clara acerca de su función dentro del proceso revolucionario. Esto es: les quedó muy claro que, a su vez, ellos, los gobernantes, los intelectuales, los promotores del cambio, desde las trincheras que les facilitaba su inserción en el aparato gubernamental proporcionado por aquella monarquía persuadida de la atingencia del cambio, eran conminados a sumarse al proceso, a prestarle su apoyo, empujados por las fuerzas sociales que, con voz y voto pugnaban incansables por él, aunque, cier

tamente, alentadas por miras relativamente distintas. Hay en la asunción de la ineluctabilidad de dicha dinámica, la callada certeza de quienes saben que no pueden ir contra la corriente, contra la poderosa corriente que hizo suyo el específico programa político de los empresarios, de los comerciantes en tránsito a convertirse en pujantes burgueses. Hay maneras y maneras de propugnar el cambio y, por lo tanto, de entender el papel de la educación dentro de él. En estas maneras distintas se expresan los también distintos sectores de clase.

Hubo, por ejemplo, la de quien, al margen de las actitudes de crítico insumiso que mantuvo hacia el Antiguo Régimen, lo abanderó sin recato alguno; quien, es más, aprovechó el peso de su reputación de pensador sólido y penetrante para elogiar sin ambages las perspectivas más inmediatistas que abría el mercantilismo. Es el caso, por ejemplo, de Voltaire, (1694-1778) quien en sus célebres Cartas filosóficas, no titubea en hacer depender la grandeza del Estado así como la posibilidad misma de la libertad, del enriquecimiento por medio del comercio, ni se intimida ante las consecuencias que obligadamente se derivarían de sustentar al comercio y al enriquecimiento logrado a través suyo, como punto de partida para advenir a la libertad:

" El comercio, que ha enriquecido a los ciudadanos de Inglaterra, ha contribuido a hacerles libres, y esta libertad ha extendido a su vez el comercio; así se ha formado la grandeza del Estado." (51)

Después de lo ya dicho será fácil adelantar que una parte de la naciente burguesía iba a tender una línea de demarcación,

un parteaguas insalvable entre los conocimientos que en su opinión entorpecían la técnica y la industria fundantes del mundo nuevo, y los que lo propiciara. Así de simple. No más de dos valores: lo útil y lo inútil, lo que sirve y lo que no sirve. La fe ciega en la razón y la apodíctica certeza en el mejoramiento del género humano, y a través de ello, la consecución de la felicidad hic et nunc, entendida ésta última como el uso y el abuso de infinidad de valores de uso, los llevaba a proponer históricamente un reduccionismo axiológico.

No está por demás tener presente que esas consecuencias fueron previstas con toda claridad por representantes de otros sectores de clase a los que ya aludimos, los políticos, quienes, sin dejar de reconocer que están inmersos en una corriente social histórica y, en consecuencia, ante el trastocamiento de todos los valores que antaño determinaban las relaciones sociales, tales como la "virtud" y la "dignidad", intentaron diluir el pragmatismo burdo de los comerciantes en el seno de una programática social mucho más amplia y valedera. De este modo, pensaban, el pragmatismo quedaría mediatizado al asignársele únicamente el papel, no de un fin en sí mismo, sino de simple medio para advenir a una vida más plena: la de la realización de las potencialidades humanas. Este fue el caso, entre otros, del multicitado Jovellanos, de quien transcribo a continuación algunos de sus párrafos más ilustrativos a ese tenor:

"Pero mientras, desvanecidos con este esplendor y confiados en nuestra propia grandeza, dábamos todas nuestras vigili^{as} a las ciencias intelectuales, otros pueblos, más atentos a su seguridad, promovían el estudio de la naturaleza, que una nueva política hacía de cada día más y más necesario. Conocieron que la firmeza de los Es

tados ya no se derivaba tanto de la virtud y el valor cuanto del número y riqueza de sus miembros; conocieron que se apoyaba principalmente en aquel arte mortífero que inventó la ambición y en la ingeniosa disciplina y en las horribles armas que tan cruelmente perfeccionó y multiplicó; conocieron, en fin, que este poder funesto no se compraba ya sino a fuerza de oro; que si los pueblos no eran ricos, no podían ser libres ni dichosos; y que levantando sobre la tierra este ídolo, era preciso esperar de la sabiduría los únicos dones que podían aplacarle." (52)

Pese a las divergencias ya dichas, y mismas a las que no es posible minimizar a riesgo de no apreciar matices que llegan a asumir la forma de políticas irreconciliables entre sí, es taban de acuerdo en lo sustancial. Si a todos ellos se les preguntara acerca de cuáles conocimientos habría que tirar al cesto de la historia, es muy probable que de manera unánime responderían que todos aquellos que no coadyuvaban al desarrollo tecnológico; los que tendieran a generar discusiones vanas, sin sentido ni aplicación tangible y, por sobre todos, aquellos que además de haberse mostrado errados ante el juicio de la ciencia moderna, tendieran a demeritar en la conciencia social la importancia de la experimentación, del método científico y de la comprobación fenoménica. Ante este tipo de lineamientos, ¿podría haber quien concibiera la posibilidad de salvar el pensamiento filosófico basado preponderantemente en Aristóteles? ¿que no acaso debería ser desechado en primerísimo lugar todo lo que con gran amplitud se denominaba pensamiento metafísico?

Conocimientos útiles vs. especulaciones abstractas.

Los procesos revolucionarios, y aquí no hemos hecho otra

cosa que referirnos a uno de ellos; el correspondiente a la búsqueda de hegemonía por parte de la burguesía, son procesos sumamente intransigentes. Caracterizándolos, Engels decía que las revoluciones eran el acto más impositivo en el cual una parte de la sociedad imponía su voluntad a todo el resto.

Las clases revolucionarias inauguran su larga marcha hacia el poder a partir de una cierta toma de conciencia de su situación de opresión; conciencia que puede revestirse de perfiles muy distintos, pero que en gran medida se inicia como procesos emocionales mediante los cuales los oprimidos se forman una cierta representación de su situación real y le asignan una explicación que, según los casos, puede ajustarse a los hechos o discrepar de ellos en mayor o menor medida. El proceso emocional, que de ninguna manera se encuentra disociado de todos los demás, pero que importa desglosarlo cuando se intenta hacer una disección de ellos, es una toma de conciencia que se expresa usualmente en la repulsa intransigente de las aristas más agudas, de los rasgos más acusados o superficiales de la opresión. Esa repulsa, (¿debiéramos llamarla odio?) se va extendiendo paso a paso, pero de manera inexorable, a medida que avanza el proceso de enfrentamiento entre las clases antagónicas, extendiéndose a niveles o esferas que hasta el momento inmediatamente anterior parecían no ser controversiales. De este modo, el avance, maduración o encendido de la lucha de clases significa que la clase revolucionaria, la mayor de las veces sin tener una clara conciencia de los procesos epistémicos o emocionales que se han ido desarrollando en su interior, ha ratificado su estado de explotación, por una parte, y ha ido puliendo su explicación del mismo como una situación

que no cesará más que con el enfrentamiento mismo. Los procesos revolucionarios distan mucho de estar regidos por la razón y muchas confusiones se han originado al pretender hacer tabla rasa de manera tácita o explícita, de los elementos irracionales o emotivos que no pueden menos que impregnar toda la lucha.

Así nos explicamos las frecuentes tergiversaciones, imputaciones dolosas, animadversiones recalcitrantes e inequidades que pulula a lo largo de la lucha por parte de ambos bandos. La revolución no es un momento de serenidad y calma en el cual se ponderen todos los factores, se les asigne su justo papel y se lleque a las conclusiones políticas y medidas más ecuanimes. Todo lo contrario: todo lo que venga o provenga del contendiente debe, en principio, ser rechazado, refutado, desconocido, vinculado con intenciones aviesas, escarnecido por su estulticia, echado en cara por su crueldad, ridiculizado por su irracionalidad. Ciertamente es imprescindible, para comprender cabalmente el proceso histórico en todas sus conexiones, no perder de vista que en una revolución no hay lugar para la ponderación, para la justipreciación de cada una de las medidas o acciones provenientes de la clase enemiga, ni mucho menos para rescatar como positivas y trascendentes más allá de su momento histórico preciso y de su origen de clase específico, algunas de sus acciones, pensamientos y relaciones sociales y mismas que fuera de ese momento podrían y deberían ser preservadas por la nueva sociedad. Mucho tiempo habrá de pasar para que la clase revolucionaria, ya asentada en el poder, pueda contar con la tranquilidad y la ecuanimidad indispensable para darse el lujo de revalorar algunas acciones producidas por su enemigo de antaño. Reconocerle a éste al

gunos gestos acertados cuando de lo que se trata es de concitar en su contra todos los ánimos posibles? ¿Aceptar que en ciertos momentos pudo haber actuado con equidad justo en el momento en el que la necesidad de incrementar las propias fuerzas obliga a atraer a los más posibles persuadiéndolos de su maldad? ¿Distinguir, entre sus elementos humanos, aquellos que pudieran no ser tan desalmados? Sólo post-mortem. Si se hiciera de otro modo, es decir, si en el interin de la lucha misma, una de las clases contendientes actuara con una ponderación tal que la llevara a reconocer los méritos del enemigo, la conveniencia de rescatar algunas de sus actitudes o políticas así como a la irrecusable certeza de la honestidad de algunos de sus miembros, correría el riesgo de inocular el virus de la desconfianza entre las propias filas llevándolas a considerar que, muy probablemente, no fuera indispensable el enfrentamiento sino que el mismo fin perseguido podría alcanzarse mediante la persuasión. No. En los momentos a los que nos estamos refiriendo, y aún extrapolando la afirmación al presente, no era posible otra lucha mas que aquella la - crada de irracionalidad, de pasión, de encono y odio sin cortapi - sas. La lucha impone su propia dinámica. Esto lo saben bien los militantes. Pero no son aspectos de los cuales alguien se congratule y, justamente por ello, por la aversión que suscitan, han conducido hasta su desconocimiento en la tarea de análisis histórico.

Algo de todo esto tuvo que acontecerle a la burguesía revolucionaria en los momentos en que estaba asiendo el poder y con él la posibilidad de entronizar la estructura económica más promisoría que se había encontrado en toda la historia de la hu-

manidad. No pudo haber sido de otro modo. Sólo incubando en su interior un odio infinito hacia el Antiguo Régimen era posible, por ejemplo, lanzarle vituperios a Aristóteles, la cabeza más universal de su momento, en opinión de Marx, hacer escarnio de él y convertirlo en paradigma de la estupidez humana. Pero, vaya mos por partes.

¿Cuáles iban a ser las ideas reguladoras, los criterios motrices, la estructura fundamental de la educación que iban a propugnar unos empresarios, gerentes e industriales absolutamente enajenados en el comercio, ávidos de riquezas y con una megalomanía incontrolable? ¿Cuál iba a ser su modelo pedagógico sustantivo si, como hemos visto, estaban absolutamente convencidos de que el nuevo mundo era producto preclaro de la razón; de la misma razón a la que un día le bastó, con Copérnico y Galileo, ponerse a observar detenidamente el universo para, con sólo es to, captar el error de todos los antiguos; de una razón que había visualizado mediante el mismo procedimiento, los incrementados rendimientos susceptibles de ser alcanzados por la sociedad a condición de abandonar todas las restricciones impuestas por la "irracionalidad" de los gremios para, liberada, lanzarse a dominar la naturaleza y a extraer de ella todo cuanto era posible pa ra el mundanal disfrute; de una razón que había puesto en eviden cia la sinrazón del modelo y dinámica de trabajo prevaleciente en la Edad Media y según el cual no se invertían más fuerzas ni recursos que los estrictamente necesarios para el autoconsumo y la sobrevivencia; de una razón dispuesta, gracias a los éxitos alcanzados por esa misma razón, a considerar el trabajo en abs-

tracto, el trabajo en cualquier circunstancia y condición como la única vía para la autoregeneración de la sociedad y el logro de la fraternidad humana?

Cabe añadir que el discurso burgués decía contar a su favor con la prueba de los hechos mismos. Eran éstos su incontestable respaldo, pues parecían demostrar que había sido suficiente un cambio en la actitud del ser humano para hacer posible su acelerado dominio sobre el mundo. ¿La prueba? Los productos disponibles, el develamiento de los arcanos secretos del universo, la extensión de la perspectiva de vida, el uso y disfrute de las fuerzas de la naturaleza puestas al servicio de los designios humanos, la riqueza pletórica.

Las ideas se convierten en una fuerza social cuando son esgrimidas por una clase social, dice Marx. Pues bien, a contra luz de las premisas anteriores es posible captar hasta qué punto el apotegma kantiano condensaba un conjunto de ideas provenientes de una clase en proceso de consolidación, al establecer como línea de demarcación entre uno y otro mundo, entre uno y otro ser humano, el contar con la entereza de servirse de la propia razón. De suyo se comprende, en primer lugar, que abonada con los testimonios provenientes de la ostensible transformación del mundo que estaba siendo llevada a cabo a partir de las mencionadas ideas reguladoras, dicha síntesis, así como cada una de las ideas conforman tes tomadas por separado, tenían una fuerza de atracción sobre la conciencia de las demás clases, cuya magnitud sólo es posible equilatar cabalmente al comprobar la violencia con que arrasó con el modo de vida anterior. Así las cosas, ¿podía acaso imputársele a

Hegel pecar de desmesura al postular, a su vez, que la esencia misma del ser humano estaba constituida por el trabajo, en tanto era éste la condición de posibilidad del desenvolvimiento infinito del espíritu? Al hacer esta afirmación Hegel reelaboraba filosóficamente un modo de pensar y sentir consensualmente aceptado por la que ya se configuraba como clase dominante o en vías de serlo. Posteriormente veremos de paso, que esta tesis ya había sido pergeñada por algunos políticos años antes. Se deriva, en segundo lugar, que la potencia ideológica de ese convencimiento no podía menos de dejar su impronta en la configuración de las políticas educativas, máxime si la educación era vista como una de las fuentes más fecundas con que contaba la razón para retroalimentarse.

De este modo, la educación debía abjurar, en primer término, de todo cuanto aún de lejos pareciera prohiar los devaneos funambólicos alrededor de temas distantes del proceso de producción de bienes materiales. Todo cuanto no estimulara la productividad medida en horas-hombre entregadas sin pago al patrón bajo la forma de plusvalía debía ser echado a un lado. Cuanto propiciara la actitud contemplativa o reincidiera en las "especulaciones abstractas" debía arrumbarse paralelamente a inculcar en los educandos la conciencia de la total inutilidad de esos conocimientos, esto es, de su sin razón. Lo útil se constituía, así, en el faro orientador, en la meta sin par de planes y programas de estudio, en la columna vertebral de la política educativa en razón de ser la expresión material de la razón. Muy probablemente sea la definición de razón elaborada por un poeta, por Saint Lambert, la que de manera más clara asiente el vínculo establecido durante el

mercantilismo y su régimen político, el despotismo ilustrado, entre razón, conocimiento, utilidad y felicidad:

"Razón es el conocimiento de las verdades útiles para nuestra felicidad." (53)

En esto estaban también de acuerdo los que en otra parte hemos llamado los "políticos". Campomanes, por ejemplo, en su Discurso sobre el fomento de la industria popular, se condele de que tantos siglos hayan pasado sin que nadie considerara conveniente ahincar en el estudio de lo relativo a la agricultura o a la industria:

"Columela + reparaba en que la agricultura carecía de escuela y lo mismo debe decirse de los oficios. Siglos han pasado desde entonces sin que nadie creyese que tales industrias necesitaban sólida enseñanza y auxilios no vulgares. Toda la atención se ha llevado el estudio de las especulaciones abstractas y aún en éstas ha habido la desgracia de que en las materias de ningún uso y vanas haya solido ponerse más ahínco que en los conocimientos sólidos y usuales." (54)

En otra parte de su mismo célebre discurso mediante el cual intentaba imbuir en los campesinos, primordialmente, el afán por otro tipo de trabajo más lucrativo, y ya dirigiendo su atención más particularmente a las escuelas, añade:

"Y ojalá que en ellas /las escuelas/ se enseñasen las observaciones practicables y convenientes a la industria. Tiempo ha que los varones sabios se doñan de las vanísimas cuestiones que los jóvenes agitan en las aulas, las cuales, en llegando a los empleos en nada les eran acomodables a la utilidad y beneficio del público." (55)

Así vistas sus proclamas, no puede caber la menor duda de que el despertar del mundo moderno, del mercantilismo y con él de una nueva clase social que será la encargada de instaurar un nuevo sistema económico, encontraba en la utilidad y en la razón sus categorías simultáneamente epistemológico-ideológicas, económico-pedagógicas. O sea, las categorías del pensamiento, las líneas directrices de la acción, las consignas pedagógicas que le permitirán imbuir hasta lo más profundo de la conciencia social de su clase y de las demás, el acicate sico-sociológico indispensable para ganar la voluntad de todos a favor del sistema capitalista que ellos están instaurando sin conciencia de ello.

No se trata únicamente de que la utilidad y la razón, lo racional, o los conocimientos útiles funcionen como mediaciones, como los puentes que ligan los objetivos económicos con las superestructuras ideológicas. Este es el punto de partida. Pero hay más. Se trata de que todas esas categorías a saber: comercio, riqueza, abundancia, felicidad, razón, utilidad, conocimientos útiles, seguridad, libertad, poder, etcétera, se enlazan en los diferentes discursos autosostentándose, imbricándose, dejando en evidencia que no pueden ser consideradas por separado. Al margen de la relativa vigencia de cada una de

ellas aisladamente consideradas, y no cabe duda de que cada una atraía por su novedad, por el futuro que deparaban, por las alusiones a una vida mejor, lo cierto es que enlazadas, dependiendo cada una de las otras, sirviendo de antesala a la siguiente, se presentaban a la conciencia social como la expresión más acabada del "mejor de los mundos posibles" (56). Y, al menos en su tiempo, en el momento en que son pronunciadas por primera vez en el contexto del sistema capitalista, lo que se apreciaba de él, era, efectivamente, el mejor de los mundos posibles.... hasta ese momento. Era el sistema más revolucionario; aquél que de manera indefectible obligaba al total de las fuerzas productivas a revolucionarse a riesgo de perecer; el sistema que, pese a no haber sido imaginado por nadie con antelación a su crecimiento sino todo lo contrario, siendo creado como una resultante impensada del esfuerzo contrapuesto de todos y cada uno de sus individuos, poseía, como lo demostró Marx, la mayor capacidad de autoregulación conocida hasta ese momento. ¡Y, al final de toda la cadena se encontraba la felicidad, la autorealización individual! ¿Qué de extraño puede parecer que los ilustrados hubieran establecido una alianza con los déspotas ilustrados, si éstos apoyaban todo el despliegue de las fuerzas productivas?

"Vosotros, señores, vosotros, que cooperáis con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconoceréis cuál era este espíritu que faltaba a la nación. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustración: ved aquí lo que España deberá al reinado de Carlos III." (57)

Seis años después de haber pronunciado las palabras ante

riores con motivo de una conmemoración a Carlos III y en ocasión de la inauguración del Real Instituto Asturiano, Jovellanos reitera en 1794 las mismas ideas, las cuales entregó su vida entera. Importa sobremanera apreciar en ellas el encadenamiento de categorías a que ya nos hemos referido:

"Promover los conocimientos útiles para perfeccionar las artes lucrativas, para presentar nuevos objetos al honesto trabajo, para dar nueva materia al comercio y la navegación, para aumentar la población y la abundancia y para fundar sobre una misma base la seguridad del Estado y la dicha de sus miembros: tal es el término de su beneficencia y tal debe ser el de vuestras vigiliass." (58)

Saltan a la vista las coincidencias entre este párrafo de Jovellanos y el correspondiente de las Cartas filosóficas de Voltaire: la misma trabazón categorial en ambos, la misma interdependencia entre los conocimientos útiles con las artes lucrativas, el comercio y el poder o la seguridad del Estado. En conceptualizaciones como las mencionadas se condensa, casi a nivel de fórmula, la concepción vigente acerca del carácter general del nuevo modo de producir y reproducir la existencia. Según ellas la utilidad era la forma de expresión, de manifestación de la razón misma. Aquí se ponía en evidencia la distancia abismal entre las especulaciones abstractas del pasado y las verdades del presente: las unas eran inútiles debido a su falsedad en tanto las otras encontraban su último correlato en su aplicabilidad a la transformación de la realidad en la

que incidían, como se ve, en varios sentidos simultáneamente.

Como de suyo se comprende, las determinaciones anteriores se aplicaban, en su generalidad, a todos los ámbitos y niveles del conjunto de las relaciones sociales. No puede ser de otro modo: lo determinante del todo es determinante de la parte. Lo anterior, no obstante, no puede llevarnos a soslayar o menospreciar las modalidades formales a que va a estar sujeta la determinación general al aplicarse a un ámbito particular, a consecuencia, justamente, de las características propias de dicho ámbito particular.

Lo anterior le significaba a la burguesía una tarea inmediata: dado que le era necesario pero no suficiente, estipular los parámetros más amplios dentro de los cuales se contendrían todas las relaciones sociales, debía abocarse a particularizar dicha determinación general -'comercio', 'razón' o 'utilidad'- al campo específico de la educación. Esta tarea únicamente podía cumplimentarse dándole forma y contenido a los planes y programas de cada una de las profesiones liberales que estaba inaugurando al unísono del avance científico y productivo. Con esto se quiere decir que la burguesía estaba conminada a continuar produciendo la cadena dialéctica, las mediaciones por medio de las cuales se va enlazando el conjunto de la formación social. Esta cadena, por demás está decirlo, no preexiste al proceso revolucionario. Todo lo contrario: o es producida por la clase revolucionaria o ahí donde no lo ha sido no puede menos que dejar subsistentes lagunas, claros, regiones sin llenar; regiones en las cuales, por

supuesto, continuaría prevaleciendo la estructuración conferida por el sistema anterior; ámbitos de la vida social que permanecían desligados, contraponiéndose al sistema en su conjunto y, tal vez, engendrando posibles revueltas reaccionarias. Una puntualización más; el análisis pormenorizado de casos como el presente muestra con prístina claridad hasta qué punto un proceso revolucionario no se agota de ninguna manera en la mal llamada y más ampliamente vulgarizada 'toma del poder'. Esta, por el contrario, asume su papel de 'momento' del proceso global; momento, por cierto, bastante más efímero si se le contempla a la luz de dicha globalidad. Por tanto, podríamos hablar con más propiedad de revolución cuando se hubiera producido el trastocamiento de todas o al menos la mayoría de las relaciones sociales, tanto las correspondientes a la estructura como a la superestructura social. Como se ve, revolucionar o trastocar no significa simple y llanamente revolver o desordenar, derrumbar o demoler; implica o supone reconstruir o reubicar, alternar o sustituir, es decir, poner algo en vez de y nunca dejar un vacío.

Recapitulando: una vez especificadas las determinaciones aplicables al conjunto de las relaciones sociales, restaba particularizarlas para el caso, entre otros, de la educación. Pese a toda la importancia que revestía continuar estructurando este nivel en los términos ya dichos, la burguesía no pudo evitar dirigir la educación en la prosecución de objetivos muy distintos de los inicialmente prefigurados. Se vio impelida a repartir su -- tiempo entre el necesario para extender los conocimientos ya alcanzados, profundizar en los que se iban descubriendo y optar entre los sistemas pedagógicos más adecuados --incluidos aquí los --

planes y programas respectivos a cada profesión y el destinado a desarraigar las viejas ideas, los antiguos hábitos de pensamiento así como en lanzar al destierro sin lujo de miramientos a los otrora prestigiados maestros.

Si bien esta tarea fue iniciada con un estado de ánimo no muy firme, sin duda a causa de gravitar sobre él todo el peso de la tradición cultural a intelectual sancionada por siglos, en muy poco tiempo fue proseguida con una saña que no se detuvo ante el escarnio ni ante el vituperio, que no puso reparos en echar mano de la burla soez ni de las imputaciones dolosas. Este nuevo estado de ánimo, por supuesto, no iba a parar mientes en las afectaciones a que sometería a su propia cultura al arrancarle algunos de los mejores logros de la experiencia humana. Ante estas actividades, no puede menos que preguntarse: ¿Era necesaria toda esta farsa inicua? ¿Obedecía a algún dictado imposible de evitar? A estas preguntas habrá que responder: no, definitivamente no. Pero responderemos negativamente siempre y cuando supongamos que la pregunta alude a una necesidad 'racional' o a un dictado estipulado en un código legalmente aprobado por instancia legítima. No, de ninguna manera pueden avalarse esos atropellos y vejaciones mediante alguna explicación que mínimamente pretenda contar a su favor con algún argumento o 'razón' de peso. Mucho menos cuando comprobamos que no fueron emprendidas únicamente por testaferreros o epígonos proclives a exagerar la nota y desbordar los ánimos sino que, inclusive los más preclaros talentos, los próceres y profetas del nuevo mundo también incidieron en ello. Pero debiéramos contestar: sí, si aceptamos en el sentido enunciado arriba que no es la lógica

del pensamiento la única en dictar los pasos a seguir, máxime cuando se trata de un proceso revolucionario. En este caso, ejemplar como pocos, puede apreciarse con toda nitidez la sobredeterminación que sobre las acciones de las clases sociales ejerce la lucha por el poder, primero y por la hegemonía, después. No hay otra explicación posible: esta lógica, la de la lucha de clases la motivada por la necesidad de doblegar a la clase dominante arrancando de cuajo todas sus exteriorizaciones para de este modo cerrarle el paso a cualesquier eventual movimiento de reacción, tiene preeminencia, a juzgar por los hechos mencionados, sobre la otra lógica: la de la razón en abstracto, la del pensamiento al margen de las condiciones concretas en que se producen las alternativas viables, en suma, la del pensamiento puro, indiferente a los intereses históricos de una clase social específica.

Unicamente ubicando los enunciados de Campomanes y Jovellanos en el espectro de la dictadura de la burguesía, es posible entender, no justificar, las fuerzas que movieron a ambos a extralimitarse hasta el nivel que lo hicieron. Unicamente presuponiendo que las fuerzas que impelen a los individuos, a las clases sociales, no siempre y en todos los casos se contienen dentro de normatividades 'racionales', esto es, dentro de motivaciones susceptibles de ser apoyadas ante el 'tribunal de la razón', es posible no calificar de absolutamente irracional dos de los desmanes más conocidos: del que fue objeto Aristóteles, por una parte, y la arquitectura barroca, por la otra.

"Serán más brillantes, fáciles y lucrosas otras especulaciones científicas y abstractas a sus autores.

A mí me parece más útil en el orden civil al género

humano la invención de las agujas de coser: instrumento de tanto uso, que debe preferirse a la lógica de Aristóteles y a un gran número de sus comentadores, los cuales han sido en España más comunes, que las fábricas de agujas: olvidadas casi en Córdoba, donde florecieron por algunos siglos, y ahora son menos estimadas las que allí se hacen todavía." (59)

Las similitudes, una vez más, de este texto, con otro correspondiente al Cándido de Voltaire, ha llevado a calificarlo por algunos comentaristas, como una paráfrasis:

"Ah, he ahí ochenta volúmenes de memorias de una Academia de ciencias, se lamenta Martín; es posible que haya ahí algo de bueno.- Lo habría, dijo Procuranté, si uno solo de los autores de esos galimatías hubiera inventado solamente el arte de hacer agujas; pero en todos esos libros no se encuentran más que vanos sistemas y ninguna cosa útil." (60)

Del mismo carácter es este otro testimonio:

"La filosofía de Aristóteles... Poco útil en sí misma, porque todo lo da a la especulación y nada a la experiencia..." (61)

Tratándose de algunos de los ilustrados de más justificado renombre no cabe suponer una falta de comprensión de la filosofía aristotélica o del papel que ha jugado en el desarrollo del conocimiento, ni justificar la desmesura de la comparación,

en el caso de Campomanes, o el menosprecio sin cortapisa en el de Voltaire y Jovellanos. No estamos, tampoco, ante una discrepancia de criterio que se hubiera sustentado en una confrontación filosófica, ni ante una toma de posición en contrario avalada en la demostración de contrasentidos irreductibles al interior de la concepción aristotélica. Estamos, simple y llanamente, ante acciones desaprensivas sólo explicables a través de la dialéctica de la lucha de clases y, más puntualmente, ante las detestables acciones que llevó adelante la burguesía en su afán por implantar su dictadura. ¿Se entiende ahora por qué puestos ante actitudes tan irracionales, algunos historiadores consideran injustificado adjudicarle a esta época el sobrenombre de "las luces" o "de la razón"?

Dado que en alguna medida el tiempo ha puesto las cosas en su sitio revalorando la significación del filósofo griego, es innecesario intentar siquiera una glosa de su pensamiento por mínima que esta fuera. Lo cual no obsta para suponer que exhibir la sinrazón de la actitud tomada hacia Aristóteles puede ser ampliamente ilustrativa no sólo del espíritu general de la época sino, más precisamente, de la saña con la que se emprendió la campaña de descrédito de la arquitectura barroca. Por tanto, intentemos responder a la pregunta siguiente: ¿Por qué precisamente Aristóteles? A partir de lo dicho, la explicación parece encontrarse a la mano.

Doquiera floreció la revolución científica, y lo hizo en muy varias direcciones, conllevó de manera casi indefectible la negación de las afirmaciones anteriores. No obstante que, en términos generales, bien podría sostenerse como una característica del

conocimiento científico el que su desarrollo y superación implique en porcentajes variables la negación de lo establecido anteriormente, la concepción copernicana ha venido siendo considerada como el prototipo del pensar moderno e, inversamente, de la estulticia de los antiguos. La razón de esto muy probablemente se encuentre, tanto en el carácter interno de la controversia como en el de los protagonistas involucrados.

Aquella, en efecto, no se limitó a modificar en un punto aquí o allá la concepción precedente sino que al poner en evidencia la falsedad, nada más ni nada menos, de su supuesto geocéntrico fundamental, demostró justamente el contrario... justamente el contrario. Si este hecho lo vemos, además, en su aspecto inaugural del predominio de las matemáticas en la explicación de los fenómenos naturales relegando por estéril el primado de la filosofía en dichos terrenos, "el universo... está escrito en lengua matemática" diría Galileo, veremos que no carecen de base quienes al respecto hablan de "revolución copernicana".

Por supuesto: el sol continúa saliendo por el oriente y ocultándose por el poniente. Con esto queremos decir que la concepción aristotélico-ptolemaica lejos de no ajustarse a los hechos ofrecía la más completa síntesis de lo proporcionado por la observación cotidiana más exigente: el movimiento aparente del sol, el de los planetas y satélites, las estaciones, los puntos nodales de las revoluciones planetarias y demás, estaban suficientemente explicados mediante el complicado sistema de dos esferas, circunferencias y epiciclos concebido por la antigüedad. Sólo una confrontación con series de tiempo tan acuciosas como las que llevó a cabo Copérnico

ayudado por Brahe podía poner en relieve las discordancias y desajustes en la medición sólo registrables a su nivel de observación. Desajustes a tal punto difíciles de explicar a partir del referente geocéntrico y su parafernalia matemática, que llevaron a pensar en la necesidad de encontrar un punto de partida distinto al vigente hasta ese momento, un marco de referencia nuevo a partir del cual fuera posible superarlos, tal vez anularlos, con más exactitud y sencillez. Esta posibilidad la brindaba el supuesto heliocéntrico; supuesto, porque ni el mismo Copérnico ni Galileo habían podido observar tal centralidad del sol sino que ésta se les presentaba como un punto de partida, no observable, pero cuyas derivaciones podrían subsanar dichos desajustes. Cabe tener en cuenta que mucho tiempo hubo de pasar para hacer posible la cabal demostración del novedoso heliocentrismo.

La explicación del movimiento de los planetas concibiéndolos engarzados en un sistema de dos esferas no empezaba ni terminaba con el supuesto geocéntrico por más que éste fungiera como su cimiento fundamental. Por ello mismo, porque ofrecía y ofrece vías para efectuar cálculos y mediciones de muchas relaciones entre los astros y planetas, fue por lo que los mismos que lanzaron denuestas contra él continuaron prefiriéndolo al marco copernicano. En nuestras escuelas de arquitectura e ingeniería, por ejemplo, es familiar el sistema de las dos esferas en las clases de cosmografía.

"El universo de las dos esferas es utilizado ampliamente en nuestros días dada su capacidad de proporcionar un compacto resumen sintético de una vasta cantidad de hechos de observación.... Por otra par

te, puesto que el modelo empleado por la moderna astronomía es mucho más complejo, habitualmente se prefiere como marco de referencia para enseñar las materias que nos ocupan, el universo de las dos esferas frente al universo copernicano... Así pues evaluado en términos de economía, el universo de las dos esferas continúa siendo lo que siempre ha sido, una teoría en extremo afortunada." (62)

El enfático testimonio de Kuhn no deja lugar a dudas: con todo y haber sido superado por la concepción copernicana, el sistema de las dos esferas en el cual la tierra funge como centro de la segunda esfera a la que se encuentran adheridos todos los planetas, el sol inclusive, continuó mostrándose fértil y operativo para cierto nivel de cálculo. De lo anterior podemos derivar dos conclusiones y un corolario de manera casi automática: la recusación del sistema de las dos esferas no fue absoluta ni total pese a haberse desechado uno de sus fundamentos, el geocentrismo, este sí de manera absoluta y total; no se justificaba, por tanto, el escarnio o el vituperio lanzado contra él y su autor por parte de los más conspicuos representantes de la Ilustración y sus corifeos. Ergo, la razón de esta campaña no procedía de la "razón". ¿No era acaso una feliz coincidencia que el autor de tamaño desatinado fuera precisamente el filósofo cuyas ideas normaban el modo de pensar predominante en prácticamente todos los órdenes de la vida del Antiguo Régimen? ¿Qué no, por tanto, aniquilarlo era aniquilar un tanto el sistema del cual él formaba parte importante ya que uno y otro se apoyaban recíprocamente? Si aniquilar el sistema periclitado era la tarea prioritaria, histórica, a la que estaban entregados, ¿qué importancia podía tener, por tanto, el detenerse a justi

preciar la dimensión real del desatino cometido por el filósofo de Estagira veinte siglos antes? Dicho sin ambages ni eufemismos: ¿a quién de la burguesía le importaba equidad más o menos cuando lo que estaba en juego era la imposición de su dictadura? Su fin justificaba sus medios: este era su adagio y Aristóteles la muestra.

La misma 'razón' que aportó los elementos suficientes para mostrar el error en que había incurrido Aristóteles y de este modo proporcionó, sin saberlo, las bases para emprender la campaña de desprestigio en contra de él a que ya nos hemos referido, también puso al alcance de la mano los suficientes para hacer lo propio, mutatis mutandis, con la arquitectura barroca.

En el caso del arte la sustantivada razón procedió como en todos los demás. Exigiendo, en primer término, que todas las creencias, opiniones y aún supuestas verdades, demostraran ante el supremo tribunal de la razón la que podía asistirle a cada una de ellas. En este sentido puede afirmarse que la razón emprendió una labor de depuración, de saneamiento, de higienización conceptual como en pocas ocasiones ha podido observarse en la historia social. Todos y cada uno de los conceptos fue revisado, criticado y vuelto a revisar. Pese a que ya en la época de oro de la filosofía griega se había estado cierto de que la auténtica realidad de las cosas no estribaba en su mera apariencia, y por ello la búsqueda esencialista de toda la filosofía platónica, no exageramos al afirmar que nunca como en este momento de la revolución burguesa encontramos una sociedad tan absolutamente convencida de que las cosas no consisten en su pura y simple coexistencia, en su estar ahí junto a las otras, sino que su auténtica realidad radica en su

conexión, en su intrincación. La lección copernicana brilla aquí en todo su esplendor: detrás de la apariencia asaz indubitable de que era el sol el que giraba, se ocultaba la realidad básica inversa. Después de esta experiencia histórica a nadie se le podía ocurrir aceptar sin más trámite lo que aportaban los sentidos. Por ello nos encontramos en todos los campos del conocimiento y de la realidad, una tenaz recopilación de datos, de hechos aislados, buscando los nexos que al ligarlos les conferían su sentido verdadero.

El arte no iba a permanecer al margen de esta actitud generalizada. Tampoco lo iba a hacer su propia teoría. Esta última tendrá como toda teoría que trascender el abigarrado mundo fenoménico para tratar de encontrar lo subsistente, lo permanente detrás de aquél. La búsqueda de su unidad se convertirá en una de las preocupaciones centrales. Pero de una unidad que será el resultado y producto de la observación detenida de infinidad de casos y nunca al margen de ellos.

Para esta búsqueda de lo unitario en el arte por encima de su disparidad, la razón se encontraba perfectamente pertrechada gracias a la inercia imbuída en el campo del conocimiento y según la cual la naturaleza, toda, estaba sujeta a legalidades susceptibles de ser descubiertas por ella. No quedaban excluidos de esta concepción ni siquiera aquellos ámbitos de la realidad a los que de antemano se les reconocía ser productos en alto grado del azar o de factores irracionales difícilmente registrables y más difícilmente enlazables en un denominador común. De este modo, y pese a la maraña de manifestaciones heterogéneas que a simple vista pre

sentaba el arte, éste quedó incluido, por principio del conocimiento, como un campo más de la ciencia. También aquí el conocimiento actuaría de manera similar a como lo hacía en todos los demás campos del conocimiento o en los demás campos de la naturaleza; intervendría mediante sus capacidades de reunir lo semejante y de separar lo diverso, para paulatinamente ir reduciendo la dispar apariencia fenomenológica a sus elementos más simples, más sencillos pero que, pese a ello, se constituyan como generadores de todos los demás. Estos elementos primeros, en función de este su carácter procreator, fueron denominados 'principios'. Por demás está decir que en el encuentro y determinación de estos principios, realizaba la razón su propio fin.

"No es, pues, mediante hipótesis vagas y arbitrarias como podemos esperar conocer la Naturaleza, sino mediante el estudio reflexivo de los fenómenos, la comparación que hagamos de unos con los otros, el arte de reducir en todo lo posible un gran número de fenómenos a uno sólo que puede ser considerado como el principio de una ciencia. ... Esta reducción, que por otra parte, los convierte en más fáciles de captar, constituye el verdadero espíritu sistemático que no hay que confundir con el espíritu de sistema, con el cual no siempre coincide." (63)

Esta caracterización de D'Alembert de lo que para los ilustrados representaba un 'principio' explicita algunos rasgos que son de la mayor importancia para comprender cabalmente la manera que tenían no sólo de enfrentarse y concebir la naturaleza en general, sino

muy particularmente, el arte. La razón, en primer lugar, no cuenta con ciertos conocimientos innatos a ella y que simplemente constata en la realidad. Todo lo contrario, la razón es vista como una capacidad, la de reducir lo diverso a sus elementos sencillos, ocultos por lo general detrás de esa su diversidad. En segundo término, en tanto esa función de reunir lo diverso sólo es posible a través de pasos previos en los cuales se han reunido una pléyade de casos que irán siendo sometidos a fin de extraerles lo que tienen de común con otros, resulta que la realidad es transformada conceptualmente para ser apreciada no como un conjunto amorfo de fenómenos distintos, sino en su relación y cohesión fundamental. Cohesión, coherencia que, por otra parte, no es sino la estructura misma de dicha realidad pero únicamente captable al trascender su heterogeneidad superficial mediante la labor de síntesis que lleva a cabo la razón. La razón, pues, lleva a cabo una labor de unificación, de reacomodo de los elementos, de reunión de lo que se presenta como aislado. En la medida en que cumple con esta función, cumple con su finalidad y, al mismo tiempo, conoce la realidad misma. Realidad que, solo en este momento, queda reconocida como una estructura básica. Conocer es, pues, tener la capacidad de reconstruir los lazos, los enlaces que se encuentran en la realidad pero que únicamente son descubribles a través de la acción de la razón. En tercer lugar: todo este proceso de descubrimiento de 'principios' o de reducción de lo heterogéneo a sus 'principios' que de las dos maneras podemos entenderlo, ha dejado de lado los aspectos insustanciales, accesorios o secundarios de los fenómenos para ir en pos de su universalidad. Ya el vituperado Aristóteles, había establecido que sólo había ciencia de lo general. Pues bien, esa generalidad ha sido captada por medio de un proceso fundamentalmente inductivo.

en el cual, por medio del estudio de casos particulares, se encuentra lo universal, lo común, lo general de ellos. Ahora bien, esto enfatiza una especial relación entre lo particular y lo general, ya que si el primero no fuera simultáneamente lo segundo, no podría encontrarse en él. Particularidad y universalidad son vistas como las dos caras de la realidad. Lo anterior significa que cuando el conocimiento capta los lazos que unen a un fenómeno con la generalidad de sus afines, ha captado la universalidad de ellos. El conocimiento realizaría de este modo su máxima empresa, la captación de lo universal pero por medio de la particularidad. No sería, pues, el conocimiento de un fenómeno sino el de la generalidad. Al término de esta faena, la razón no conocería una obra de arte, sino el 'principio' de todo el arte, pero de un principio susceptible de comprobarse en todas y cada una de las obras particulares puesto que emanó del análisis particular de cada una de ellas. Este conocimiento, por otra parte, muestra su "validez relativa". No se pretende, al encontrar un 'principio', como dice Cassirer

"..... sino señalar el último punto de apoyo a que ha llegado el pensamiento en su marcha, con la reserva de que puede abandonarlo de nuevo y rebasarlo. En razón de esta relatividad, el principio de penderá del estado y de la forma de la ciencia, de suerte que, por ejemplo-, un mismo principio, que en una ciencia se ofrece como tal, puede aparecer en otra como consecuencia derivada." (64)

A este respecto el mismo D'Alembert aduce que los principios dependen, también, de la naturaleza de la ciencia, es decir, del punto de vista a partir de cual observa su objeto. Este hecho,

aunado a la superación constante del conocimiento que a cada momento podría mostrar 'principios' más sencillos a la vez que com
prenhesivos, no deja lugar a dudas respecto a la relatividad que los ilustrados le conferían a dichos 'principios'. El tema, como se ve, es de la mayor importancia, porque hace ver hasta qué punto han estado errados quienes al referirse a estos principios, muy particularmente en la arquitectura, han considerado que se trataba de aquellas viejas esencias inmutables a que nos tuvo acostumbrado la metafísica. De aquí a rechazarlos por antihistóricos no hubo más que un paso. Vistos más detenidamente y en la versión de sus propugnadores muestran todo lo contrario: se trata de principios del conocimiento extraídos mediante un proceso de reducción de lo dispar a lo homogéneo y mismos que estén en permanente dependencia del nivel del conocimiento científico y de la perspectiva de la ciencia de que se trate. El materialismo de esta concepción, así como su comprensión del vínculo dialéctico entre lo particular y lo general, salta a la vista. No podemos ex
tendernos en ello, pero es claro que el materialismo y la dialéctica no surgieron con Marx pese a que haya sido con él con quien alcanzaron, ambos, su más cumplida manifestación. También queda patente que la incipiente burguesía suscribió una postura materialis
ta y, por tanto, incipientemente dialéctica. Curioso, pero así es.

Captar un principio era, pues, captar la realidad en su verdad. Este principio o esta verdad, según se la mire, está en la realidad misma, es su forma de ser, de manifestarse, su estructura fundamental subyacente detrás de su engañosa apariencia.- El arte también es una forma de la realidad y en consecuencia, los principios que lo estructuran son su verdad misma. No es extraño, por tanto, que Boileau-Despreaux (1630-1711) haya erigido la ver-

dad en el principio sine qua non del arte. Sustentar a la verdad como el principio del arte y, más específicamente, de la belleza en tanto aspecto diferenciador del arte, era postular, por lo dicho, la estructura misma de la realidad artística como su principio fundamental. No se trata aquí de una redundancia. Si sólo la verdad en tanto manifestación cabal de la realidad debería ser perseguida, no es redundante exigir que el arte se atenga a su propia verdad, es decir, que sea el resultado o manifestación de su estructura interna. Hay aquí una trasmutación: lo que es, se convierte en lo que debe ser. La realidad es su verdad, la verdad debe ser la realidad.

"Rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable.

Il doit régner par-tout, et même dans la fable;
De toute fiction l'adroite fausseté

Ne tend qu'à faire aux yeux briller la vérité.
Sais tu pourquoi mes vers son lus dans les provinces?

Sont recherchés du peuple, et recurs chez les princes?

Ce n'est pas que leur sons, agréables, nombreux,
Soient toujours à l'oreille également heureux;

Qu'en plus d'un lien le sens n'y gêne la mesure
Et qu'un mot quelquefois n'y brave la césure:

Mais c'est qu'en eux le vrai, du mensonge veinqueur
Par-tout se montre aux yeux et va saisir le coeur;

Que le bien et le mal y sont prisés au juste;
Que jamais un faquin n'y tint un rang auguste;

Et que mon caeur, toujours conduisant mon esprit,
Ne dit rien aux lecteurs, qu'à soi-même il n'ait dit

Ma pensée au grand jour par-tout s'offre et s'expose.

Et mon vers, bien ou mal, dit toujours quelque chose." (65)

¡Rien n'est beau que le vrai!: he aquí el principio del arte" He aquí el último eslabón de la cadena dialéctica que a partir del afán de comerciar y enriquecerse, dió nacimiento a la posibilidad de lograr la felicidad en la tierra, erigió la utilidad como criterio fundamental de la educación y llega al terreno de la teoría del arte a sustentar a la verdad como fundamento de la belleza y, por medio de ésta, del arte. La verdad, concebida como principio del arte, es la gran aportación teórica de la burguesía.

El arte, el verdadero arte, ahora se sabe, es aquél que tiene como ley estructural de sí, su verdad misma, esto es, se cabal realidad. Realidad que no surge del nûmen del creador sino que el artista encuentra o capta por vías distintas.- El arte también es naturaleza, también es un objeto material y en tanto tal se adecúa a su propia estructura. Pero, podríamos preguntar: ¿y cuál es ésa su estructura? Esa estructura será aquella que surge de la entraña misma de la obra, de los materiales que emplee, sean estos palabras, sonidos o materiales de construcción; es aquella que tam bién obedece a la finalidad de la obra y de sus elementos (... "nunca un bellaco ocupa un lugar augusto...") y que, por último, también es elaborada con semejante veracidad moral por parte del artista: "... No dice nada a los lectores que no se haya dicho antes a sí mismo".

El artista ilustrado, el artista congruente sabe ahora, como lo sabe su sociedad, que la realidad tiene su propia estructura y

que, en este sentido, no cualquier objeto, ni cualquier forma puede ser utilizada para un fin cualquiera, dado que contrade ciría su estructura interna, sino únicamente en aquellos casos, temas, problemas o funciones en las cuales exista una congruen cia entre ellos y los objetos de que echa mano. Sólo de este modo la belleza resultante será verdadera y, por ende, será tam bién una captación de la estructura universal de la realidad.

"En este sentido la belleza de la expresión poética coincide, para Boileau con su jéste za y ésta se convierte en concepto central de toda su estética. Combate tanto el estilo buñesco como el preciosista porque ambos, aunque por direcciones diferentes, se desvían de este ideal, Aquí es donde el artista puede y debe dar testimonio de su fuerza individual y, entre todas las diferentes expresiones de un mismo objeto, el artista genuino preferirá siempre aquella que supera a las demás en seguridad y fidelidad, en claridad y re lieve. Tampoco buscará la novedad por sí misma y a cualquier precio, sino la que sirva a las exigencias de sencillez, sobriedad y brevedad incisiva de la expresión, en medida no alcanzada todavía." (66)

No podemos dejar de señalar, así sea de pasada, la coincidencia existente entre la teoría del arte -que a través de la aplicación de la razón y de la búsqueda de principios en toda la naturaleza, concluyó en sustentar a la verdad como el principio por antonomasia del arte- y la repulsa de orden emotivo que la propia burguesía en ascenso sentía hacia el dispendio, el boa

to y despilfarro a que habfa llegado la nobleza. Coincidencia curiosa, porque si bien vemos estas premisas, captaremos que por varios lados se preconizará la sencillez, la parquedad, inclusive la llaneza, tanto porque así lo prescribe una teoría artística fundamentada en las mejores conclusiones de todo el conocimiento, como porque así lo demanda la clase emergente dada su repulsa al régimen anterior. ¿Cuál de ellas fue la determinante y cuál la determinada?

Estos conceptos teóricos relativos al arte vinieron a sumarse a los anteriormente mencionados y todos reunidos se constituyeron en las premisas de una doble acción recíprocamente complementaria: por una parte auspiciaron la destrucción de la arquitectura barroca y por la otra prohicieron la renovación de la arquitectura clásica.

Guerra santa contra la arquitectura barroca.

Lo acerbo de la crítica emprendida en contra de la arquitectura barroca en nada queda por debajo de la llevada contra la filosofía aristotélica. Al igual que aquella, también se inició con presteza. A partir de los datos proporcionados por Llaguno, Joaquín Berchez indica en su bien documentado estudio que habría sido Fray Pedro Martínez quien por primera vez emprendió la crítica contra la arquitectura Barroca, aproximadamente en los albores del siglo XVIII:

"!... en forma de diálogo (Vitruvio) reprende a los arquitectos modernos: vitupera sus columnas salomónicas, sus estípites, sus adornos ridículos y

llora la pérdida de la arquitectura grecorromana..!" (67)

No obstante que la crítica que hemos traído a colación parece constreñirse a discrepancias estilísticas y no nos permite profundizar si acaso el fraile citado era alentado por algunos otros puntos de vista al realizar su crítica, cometeríamos un error si acaso consideráramos que el rechazo al barroco era puramente formal.

En primer lugar, la crítica cubría el ámbito de la arquitectura más extendida en la España de la segunda mitad del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII. Se trataba por tanto, de lo que podríamos titular de estilo dominante, aunque es en base a su extensión y a las formas tan variadas que asumió en cada localidad, que igualmente debiéramos afirmar que se trataba de la arquitectura popular. Puestos en estos términos, tal vez no sea difícil aceptar que no se la emprende contra un estilo que cuenta con esta tan amplia soberanía, por cuestiones meramente formales. ¿Acaso en la crítica que inicia el susodicho fraile late también la animadversión en contra de los gremios? No lo sabemos, pero al menos no cabe duda que las posteriores sí lo toman en cuenta y, por añadidura, también se apoyan, sin decirlo claro está, en la novísima teoría del arte y su ya citado principio de 'verdad'. Veamos, si no, la crítica que recoge el gran polígrafo español, Marcelino Menéndez y Pelayo, misma que a no dudarlo es piedra clave en cualquier posible explicación que se ofrezca al respecto:

"La arquitectura borrominesca, difundida entre

nosotros, sin el ingenio y la gracia que a veces muestra Borromini, por D. Sebastián De Herrera Barnuevo, por Francisco Rizí y por Josef Donoso, no da idea de las monstruosidades a que llegaron, dentro ya del siglo XVIII, sus discípulos y sucesores, los tres grandes herejarcas D. Josef de Churriguera, Narciso Tomé y don Pedro de Ribera, en manos de los cuales la arquitectura se redujo a una tramoya de teatro eternizada en piedra. ¿Quién olvida los términos en que la describió de mano maestra Jovellanos? 'Cornisamentos curvos, oblicuos, interrumpidos y ondulantes; columnas ventrudas, tábidas, opiladas y raquílicas; obeliscos inversos, sustituidos a las pilastras; arcos sin cimientó, sin base, sin imposta, metidos por los arquiteabes y levantados hasta los segundos cuerpos; métopas injertas en los dinteles y tríglifos echados en las jambas de las puertas; pedestales enormes, sin proporción, sin división de miembros, o bien salvajes, sátiros y aún angeles, condenados a hacer su oficio; por todas partes conchas y corales, cascadas y fuentesecillas, lazos y moños, rizados y copetes y bulla zambra y despropósitos insufribles.'" (68)

El propio Menéndez y Pelayo, hablando ya por cuenta propia, pero en el mismo tono agrío, duro y hasta cruel, prosigue la retahíla de vituperios en contra de la arquitectura barroca.

"La arquitectura había llegado a los últimos términos de la aberración y del delirio y, lo que es peor, de un delirio frío, enojoso, pedantesco y sin gracia, no engendradora de nuevas formas, sino pervertidora y depravadora de las antiguas, con intenciones alegóricas, con tor-

pes connatos esculturales y literarios." (69)

No se trata de emprender aquí una recopilación de opiniones divergentes de estas para, mediante su confrontación, hacer ver la animosidad que late en los párrafos anteriores. No es necesario. Para nuestros objetivos basta con confirmar que, con razón o sin ella, justipreciando o no la arquitectura barroca, los ilustrados, el despotismo ilustrado o la burguesía en proceso de consolidación y toma de conciencia de sí misma, renegaban de la arquitectura barroca en los términos más lapidarios. Y esto fue lo que se hizo con ella: lapidar, destruir, demoler, al menos si nos atenemos en este aspecto al caso de México, los más vestigios posibles del barroco.

Tal vez no exista mejor testimonio de la virulencia con que se actuó en contra del barroco que ésta: la destrucción indiscriminada de edificios y, cuando ello no era posible, al menos de sus espacios más destacados, como lo eran sus fachadas o, en el caso de los edificios religiosos, sus altares ^{y retablos}. Este fenómeno sólo podrá ser comprendido en su especial sentido, visto no al tenor de las exigencias edilicias o de contraposiciones estilísticas superficialmente formales, ni como mero capricho subjetivo e irracional de una nueva clase social, sino como el producto de una lucha de clases motivada por la necesidad de hacerse del poder. En el caso que estamos tratando, no es sino la manifestación de la dictadura de la burguesía tanto en el orden económico como en el ideológico. De no ser así, se habría echado a andar una nueva política formal, pero no hubiera sido necesario destruir lo ya hecho. Esta destruc

ción, tan injustificada a la luz de la 'razón' que decían respetar, así como los vituperios en contra de Aristóteles, tenían un sentido fundamental: destruir el pasado, arrancarlo de la conciencia social, execrarlo. Secundariamente, pero sólo muy secundariamente, perseguían injertar en esa misma conciencia la necesidad de un nuevo concepto artístico y, más particularmente, arquitectónico.

Es importante constatar el tono con que se nos presentan las críticas anteriores, insólito por su agresividad e incontinencia, porque nos permite confirmar, como ya se ha dicho anteriormente, la existencia de móviles no rigurosamente académicos o teóricos en el rechazo que se hizo del barroco, particularmente de su arquitectura ya que es a ésta a la que hemos tomado como punto de referencia central. Como ya se ha hecho notar este aspecto, corresponde reparar ahora en la constante alusión que en ellas se hace a la teoría de la arquitectura clásica, la de Vitrubio, en la cual incluiremos la exigencia de 'verdad' traducida también como tendencia a la morigeración, procedente ésta de los postulados de Boileau; así como la presencia, también constante, de la imbricación de la arquitectura con el sistema de producción mediante el cual se la construyó, el artesanal, como un elemento más que tornaban insufrible esa arquitectura.

En efecto, aquella probablemente primera crítica salida de la mano del fraile Martínez se fundamentaba en

"La progresiva concepción de la arquitectura como un exponente plástico -acelerado tras la entrada de pintores y escultores en su terreno- y

la reducción de la ciencia del construir a me
ra práctica artesanal en manos de los gre -
mios, ..." (70)

Es posible imaginar varias plausibles explicaciones a la oposición que suscitaba una arquitectura en la cual parecían ir cobrando lugar preponderante otras manifestaciones artísticas como la escultura y la pintura. La que podemos confirmar en este momento gracias a estudios como el ya citado de Berchez, al margen de que también molestara a algunos arquitectos la absorción del mercado de trabajo por otros artesanos, se amparaba en la teoría de la arquitectura. Era esta teoría, que dejaba poco espacio a la intervención de otras artes o al menos así podía interpretársela sin transgredirla abiertamente, la que podía dar pábulo para objetar la práctica arquitectónica predominante. Como ya hemos dicho, resulta difícil dilucidar cuál era el aspecto que pesaba más en el ánimo del siglo XVIII, en su oposición al barroco: ¿era tal vez el dispendio de que hacían gala dichas construcciones? ¿tal vez lo fundamental fuera la contradicción que veían entre arquitectura proclive a un sentido más acusadamente escultórico y una teoría que parecía exigir el apego a los medios propios de la arquitectura? No es difícil pensar que no necesariamente eran excluyentes estos referentes y que, muy probablemente se entremezclaban en proporciones diversas.

En todo caso, se cuenta con testimonios en los cuales el motivo más aparentemente influyente en la crítica está constituido por las trabas que el proceso artesanal de producción le impone a

la profesión del arquitecto concebida con un carácter liberal. Sa bemos suficiente acerca de las tendencias que desató el mercantilismo, embrión del sistema capitalista, para no confundirnos acerca de los acentos que se ponen en uno u otro caso. La objeción al boato, la pretensión de pureza arquitectónica o la demanda de liberalidad en la práctica de la profesión, no son más que distintas alternativas que tiene ante sí el nuevo sistema para transitar. Claro es que algunas son más directas que otras. La arquitectura, por ejemplo, podía abstenerse de su vertiente escultórica sin dejar de ser producida artesanalmente. Así, la demanda a favor de la liberalización de la práctica profesional está más estrechamente vinculada con la exigencia histórica del capitalismo de liquidar el sistema artesanal, como ya hemos visto en páginas atrás.

"Teodoro Ardemans, por ejemplo, en sus Ordenanzas de Madrid (1719) cita y se ampara en Vitrubio principalmente para argumentar contra la concepción artesanal de la arquitectura, y planteaba en forma obsesiva la excelencia de la arquitectura en base a la amplitud de conocimientos teóricos exigidos por Vitrubio a todos los arquitectos." (71)

También se aprecia claramente el afán por abandonar la suntuosidad, la solemnidad y dirigirse hacia una forma de vida y obligadamente hacia una concepción arquitectónica, más llana. El dispendio de las clases dominantes ha sido tradicionalmente, una de las expresiones más crudas del ejercicio de su dominio e, inversamente, la morigeración la contrapartida suscrita por las clases en ascenso.

Un género distinto del acostumbrado, una moda menos tiesa y más caprichosa en el vestido, un arte solemne de instalar la casa y mayor sencillez para recibir a los amigos, todo esto iría imponiéndose poco a poco al español. He aquí los consejos que dá a la Sociedad Económica Vascongada un arquitecto, - miembro de ella. Las casas deben ser confortables, agradables y no ya severas y solemnes, como las de los antepasados". (72)

Surgimiento de las Academias.

El surgimiento de la burguesía estuvo presidido por el acelerado incremento del intercambio de mercancías que tuvo lugar, como ya se ha dicho, a partir de la circunvalación del mundo y del primer reparto de éste en zonas de poder y cotos de caza de la metrópolis. Este primer hecho llevaba implícito otro: la paulatina consolidación de la burguesía como clase hegemónica dependería, también y en relación directamente proporcional, de la generalización y profundización de dicho intercambio. Una y otra van de la mano, retroalimentándose recíprocamente. Ergo, le era indispensable ahondar en la imposición del nuevo sistema, esto es, en el mercantilismo entendido no únicamente como el vender más y comprar menos, sino como la proliferación indiscriminada del mundo de las mercancías: Así, pues, mientras más valores de uso indispensable para la "producción y reproducción de la vida" fueran siendo elaborados bajo la

forma de mercancías, incluidos aquí los superfluos pero proclives a adoptar el estatuto social de aquellos; mientras más rápidamente se desarraigara o sustituyera por éste, todo aquel sistema productivo de corte autoconsumista, más anchurosas y promisorias perspectivas se abriría la burguesía.

Para el nuevo sistema capitalista que se iba forjando no había, pues, más que un único derrotero: terminar con el artesado, que cada vez se les mostraba con mayor claridad y nitidez, como un conjunto de disposiciones tendientes a garantizar a un reducido número de trabajadores el usufructo de un mercado cautivo. Nunca como ahora se les hizo evidente el sino esclerótico que tal sistema conllevaba, al obstaculizar la renovación de sus recursos, el surgimiento de nuevas iniciativas, el tanteo de otras posibilidades y, en última instancia, el anodamiento de cualquier posible mayor productividad en el proceso de trabajo. Efectivamente, "El Capitalismo es hostil al artesado", no al arte.

El problema no se restringía, sin embargo, a paralizar o aniquilar la fuerza de trabajo artesana, por más que su organización en el trabajo fuera vista como insostenible. De lo que se trataba era de sustituirla por otra que a su mayor calificación, experimentud y modernidad aunara la absoluta disponibilidad que exigía la demanda mercantil a fin de abaratar el tiempo necesario para la reposición de su propio valor. Esta sustitución del artesado gremialista por la fuerza de trabajo profesionalizada a la manera capitalista, o sea, como fuerza de trabajo libre en el doble sentido bien

conocido de no contar tras de sí con algún medio de sustento que le permitiera rehuirse a acudir a los nuevos centros de producción industrial que empezarán a multiplicarse, como libre en tanto no perteneciera en propiedad o usufructo de alguna entidad social, era no cabe duda, la reivindicación más general, histórica, del capitalismo como sistema.

Pero ya hemos dicho que a una clase social dada no le basta con trastocar la estructura económica, por radical que sea esa transformación, para por sólo ello producir una revolución social. Para esto último es indispensable que ese mismo proceso trastocador penetre en todos los ámbitos y niveles de la sociedad, incluso en los entresijos y meandros más aparentemente alejados de aquella estructura económica, como puede serlo la actividad artística y, más específicamente, la arquitectónica. Cuando, no la totalidad - pero sí la parte mayoritaria de ella, transformada, revolucionada, marcha al unísono con la modificación primera y sustancial acontecida en la estructura económica, es cuando puede hablarse de una revolución social. Los prohombres ilustrados, como ya hemos visto, estaban absolutamente persuadidos que no podían dejar piedra sin remover. Que no solamente era impostergable finiquitar cuentas con los gremios, a los que llegaron a ver, como dice Calvo Serrallier, como los "causantes de todos los males", sino que era igualmente impostergable la sustitución de los lineamientos barrocos de la arquitectura, que en nada se ajustaban a la "verdad", que en nada se correspondían con la estructura propia y esencial de la arquitectura y que, por sí esos aspectos no bastaran para recusarla,

no obedecía a sistemas generalizados de proyecto, de diseño ni a normas edificatorias aceptables. Por último, y en la medida en que ya no serían los gremios los encargados de levantar las edificaciones, mismas que a partir de la liberación de la mano de obra así como del proceso productivo, en general, serían susceptibles de abordarse por cualquier persona que contara con la posibilidad de hacerlo, era indispensable que el sistema gremialista fuera sustituido por otro que, al mismo tiempo, contara con un ágil y comprobado sistema educativo donde pudieran exponerse los nuevos lineamientos de diseño, los racionalistas. Las escuelas públicas, masivas y democráticas, serían justamente, la expresión de dicho sistema educativo adecuado para sustituir la enseñanza "tradicionalista", empírica y asistemática de los gremios.

¿Cual sería el procedimiento, la manera, el organismo, que simultáneamente hiciera posible la sustitución del artesanado, el abandono del barroco y pusiera a disposición el sistema educativo arquitectónico idóneo?

Marx enunció una constante histórico social de la mayor importancia para comprender y analizar el decurso social, cuando estableció que todo acontece cuando, de hecho, la sociedad cuenta ya con los medios para llevarlo a cabo. Para el caso que nos ocupa, efectivamente, la sociedad ilustrada, mercantil y proburguesa echó mano de un organismo que había ensayado desde siglos atrás, así fuera de manera episódica y fluctuante, pero que, ello no obstante, se mostraba ad hoc para encomendarle la prosecución de aquellas históricas tareas: las Academias.

Como bien se sabe, los humanistas italianos, para quienes era fundamental retomar el estudio de los autores latinos, fueron notablemente influidos por los eruditos griegos que hacia el segundo tercio del siglo XV se habian trasladado a Italia para concertar la unificación de las iglesias romana y griega. Si bien puede ser distible la rotunda afirmación de Burckhardt en el sentido de que los humanistas se caracterizarían por el "descubrimiento del hombre como hombre", no hay ninguna duda respecto a que dicho encuentro impulsó a los humanistas a promover la "réunion libre d'hommes unis par la communauté de études et des goûts" en círculos a los que llamaron, Academias. Se trataba pues, en su origen, de pequeños círculos privados en los que informalmente se propiciaba el intercambio cultural entre los humanistas. En ésta, su primera etapa, carecían de una organización precisa, de la que no serán dotadas sino en una posterior, coincidente con la del Manierismo. La primera, de tónica filosófica de que se tiene noticia, es la famosa "Academia Platónica" que, auspicada por Lorenzo del Magnífico, fundó Marsilio Ficino (1433-1499). A partir de aquí, se multiplican por toda Italia y alcanzan una cifra superior a las 2,200 entre los siglos XVI y XIX, según anota M. Maylender.

Tan famosa como la del célebre filósofo neoplatónico, fue la primera de artistas, que lleva el nombre de su fundador, Leonardo da Vinci, y cuyo surgimiento se data hacia 1507. Como sus filiales filosóficas, lingüísticas, históricas y demás, esta también se caracterizó por propiciar el diálogo entre los

pintores interesados, sin que llegara a constituirse como una escuela con finalidades didácticas. Ello, no fue obstáculo, - sin embargo, para que propugnara ideas muy precisas en torno al arte, dentro de las cuales la prioritaria era transformar la - pintura, de una mera habilidad manual en manos de los artesanos, en una ciencia que ocupara un sitio entre las artes liberales. Para estos efectos, no únicamente los artistas deberían ser des ligados de los gremios de artesanos y disfrutar del estatus del profesional libre, sino que, en segundo término, debía propug - narse una nueva vía de acceso al desarrollo de la capacidad ar - tística. Esta, se iniciaría con la perspectiva, como primera y fundamental asignatura que debería implantarse en las futuras - escuelas, sustitutas de los talleres artesanales; continuaría - con la introducción del estudiante a la teoría y la práctica de la proporción, para continuarse con el dibujo sobre dibujos de su maestro y terminar con el de la naturaleza.

Giorgio Vasari (1511-1574) aplicó estas orientaciones en la propia academia fundada por él, la Academia del Disegno, y obtuvo que se emitiera, en 1571, un célebre decreto por medio - del cual se eximía a los pintores de la obligación de pertene - cer a cualesquiera de los gremios de escultores o pintores res pectivos. En términos llanos esto significaba liberarlos de - sus ordenanzas, para abrirles las puertas de la práctica libre, de mercado, de la profesión; esto es, de contratarse con quien quisieran y en la ciudad que fuera, lo que, según aquellas orde - nanzas, no era posible. Federico Zuccari, en 1574, en una pro

puesta de reforma a la organización de la Academia fundada por Vasari, propuso un reglamento más: el de que se otorgaran premios a los estudiantes más distinguidos. Premios que a partir de ahí se convertirían, como de hecho todas las propuestas anteriormente mencionadas, en puntos nodales del funcionamiento de las academias.

Refiriéndose a los objetivos que perseguía esta famosa academia de diseño, Pevsner afirma rotundamente:

"El objetivo de este sistema de educación es evidentemente el mismo que el del sistema teórico de Leonardo en general. El arte debe escindirse de la artesanía manual. Hay que desarrollar el conocimiento más que la habilidad en el pintor".

El arte debía escindirse de la artesanía manual: he aquí el punto de fondo, el sustrato profundo de la postura de Leonardo que, desde principios del Cinquecento pugnaba que no fueran los gremios los mentores y dictadores en materia artística. Es claro que lo determinante en la propuesta leonardiana es alcanzar una superación en el adiestramiento artístico, y consecuentemente, en la propia práctica profesional. El arte, nos dijo Leonardo, no puede quedar sujeto a una enseñanza y aprendizaje tan elemental y fuera de toda normatividad como acontecía al interior de los talleres; exigía más conocimientos matemáticos, por lo que toca a la perspectiva y a la proporción, la "di-

vina proporción" de Fray Luca Pacioli di Borgo, no podía quedar en manos tan inexpertas como lo eran las de la inmensa mayoría de los artesanos. Estos accedían al dominio de su actividad - por la vía empírica y se trataba, ahora, de hacerlo por la vía científica.

¿Cómo se explica la proliferación de las academias años más tarde? Acaso los monarcas absolutos sentían hacia el arte un afecto a tal punto considerable que se vieron llevados, por puro amor al arte, a prohijar la fundación de más y más academias para que aquél se depurara y enriqueciera? Si no fue la predilección de la monarquía por el arte el motor que impulsó el surgimiento de las academias, ¿Jugó este papel el afán educativo propio de la Edad de la razón? Los documentos de que se dispone, relativos a la fundación y objetivos y organización de las academias, que son múltiples, muestran con toda evidencia que no fue ninguna de aquellas motivaciones espirituales las que llevaron a los distintos monarcas a conceder el dinero necesario para mantener las academias, sino una meta a todo punto distinta: la posibilidad que entrevieron de, mediante ellas, no solamente liquidar los restos de artesanado que se oponían a la imposición hegemónica de la libre empresa, sino la de que funcionarían como los centros educadores donde se prepararía la nueva fuerza de trabajo asalariada, capaz de impulsar la economía de sus respectivos países. Las academias, a partir del siglo XVII adquirirán una tónica absolutamente distinta: serán un instrumento económico más a través del cual se desarrollarán las fuerzas pro

ductivas permitiéndoles a los respectivos países que las fundaran y mantuvieran, contender exitosamente en el mercado internacional, inundando el mundo con los productos surgidos de sus fábricas con la depurada calidad que garantizarían los nuevos diseñadores educados en las Academias. Fue éste, y no otro, la causal básica, - determinante, histórica, que estructuró a las Academias, mismas - que dejaron de ser aquellas reuniones informales de humanistas - preocupados por rescatar toda la riqueza de la cultura helenística romana, para convertirse en órganos del Estado monárquico absoluto perfectamente reglamentadas y buscando, por sobre todas las cosas, educar la mano de obra para sus nuevas y remozadas manufacturas e industrias.

Función de las Academias.

Si se tiene en cuenta el papel revolucionario del mercantilismo en los términos ya enunciados, así como la forma en que paulatinamente fue insuflando su espíritu en todos los niveles y regiones de la vida social, no será difícil anticipar con toda puntualidad la función que les va a ser encomendada a las Academias. También podríamos repasar el proceso en sentido inverso, haciéndonos eco del amigo de D'Alembert que recomendaba exponer la historia empezando por los tiempos actuales para a partir de ellos retrotraerse al pasado. De hacerlo así, al reparar en la función por antonomasia de la Academia nos veríamos llevados a inquirir y confirmar la fuerza histórica que en el proceso de revolución de la sociedad jugó la acumulación de capital. En ambos casos lo fundamental es no ver a uno y a otro por separado puesto que únicamente en su conexión, como ya lo sabían los ilustrados, se encuentra su sentido cabal.

Su incremento a partir de 1720 resalta en primer término, según nos lo ha hecho ver Eduardo Báez Macías apegándose para ello el erudito estudio de Pevsner. No obstante que en ambos trabajos se encuentran relacionadas todas las ciudades en que se fueron estableciendo, nos vamos a permitir reproducir libremente dicha relación omitiendo las fechas de fundación, para mayor claridad.

Hasta el año citado existían 19, "buen número de las cuales se encontraba en estado de postración o bajo amenaza de desaparecer. Pero a partir de 1720 y hasta el año de 1791 en que nace la segunda Academia en América, que es la de Filadelfia, tuvo lugar una verda-

dera proliferación bien por nuevas fundaciones como fue en la mayoría de los casos o bien por la reorganización y remodelación de algunas que ya existían." (73)

A partir de ese año, se fundaron en Francia en:

"Montpellier, Rouan, Reims, Beauvais, Toulouse, Marsille, Lille, Lyon, Nantes, Le Mans, Amiens, Tours, Grenoble, Aix, St. Omer, Dijon, Arras, Douai, Poitiers, Troyers, Besacon, Bollone, Châtellaraul, Langres, Mâcon, St. Quintin, Vallencienes, Toulon, Oleans. En total, 29 academias.

En Italia se fundaron en:

Lucca, Génova, Mantua, Academia Capitolina de Roma, Nápoles, Venecia, Parma, Verona, Carrara, Milán, Turín, y las dos reorganizadas de Florencia y Módena. En total 13 academias.

En los Estados alemanes:

Viena, Düsseldorf, Mains, Frankfurt, Zwweibrucken, Manheim, Karlsruhe, Ohringen, Stuttgart, Ausburg, Murnich, Bayreuer, Leipzig, Weimar, Erfurt, Gotha y Cassel. En total, 15 academias.

En los Países Bajos:

Amberes, Amsterdam, Bruselas, La Haya, Rotterdam, Midelburg, Gante, Tournai, Malines, Oudenaarde, Lieja, Yprés y Mons. En total, 13.

Se fundaron también en Londres, Glasgow y Edimburgo; Ginebra, Zurich, Stokolmo y la muy importante de San Petesburgo.

En España, la de San Fernando de Madrid, San Carlos de Valencia, Barcelona, Zaragoza, Valladolid y Cádiz. Y San Carlos de México." (74)

Pero sin duda alguna, resulta de la mayor significación los cometidos asignados ya que sin mistificación alguna establecen sus vínculos tendientes a acrecentar el comercio. Como se podrá observar, en cada caso se procuraba hacer mayormente competitivo el comercio nacional frente a los países en punta; en segundo término, está presente la mira de capacitar mayormente a la fuerza de trabajo. Contrariamente a algunas afirmaciones respecto a las Academias a las cuales suele asignárseles como objetivo central el instaurar un nuevo estilo artístico e, inclusive, crear un "medio más eficaz y pertinente para controlar e influir en el campo de las artes" (75), como por ejemplo, lo sostiene en su magnífico ensayo Francisco Calvo, la mira parece ser bastante más sencilla y prosaica, sin por ello excluir a las anteriores. Se trataba, por supuesto, como lo sostiene este autor, de contar con "instrumentos de centralización y control burocráticos del gusto y de la política artísticos de la nación" (76), pero tendiente, de manera bastante más concreta, a optimizar la productividad, misma que, a su vez, permitiría contar con mayores posibilidades en la lucha comercial internacional.

"Ya en 1725, cuando iba a reorganizar la Academia de Viena, se planteó clarmanet el argumento en cuestión: la reorganización parecía deseable por ser un 'reconocimiento especial a las artes y en no menor medida una promoción del comercio' " (77).

Cuando en 1770, nos dice Pevsner, se redactaron las reglas conforme a las cuales funcionaría la Academia de Viena, se planteó el mismo objetivo y algo enteramente similar ocurrió en 1763 con motivo de la reapertura de la Academia de Dresde:

"... el arte puede ser contemplado desde un punto de vista comercial..... (y) así como producir excelentes artistas redundaría en favor del honor del país, no es de menor utilidad elevar la demanda extranjera de los propios productos industriales." (78)

Con motivo de la reapertura de la Academia de Berlín y en la sesión correspondiente, en 1778, se dijo:

"No perseguimos otro objetivo que el de realizar la industria nacional. De la misma forma que Francia e Inglaterra en la parte occidental, Italia entre las provincias del sur de Europa, han hecho del arte una importante fuente de ingresos, así nosotros pretendemos convertir Berlín y el Estado prusiano en un almacén de arte para las regiones norteañas de nuestro continente." (79)

Pocas veces se han dicho las cosas tan claras: la industria nacional, el arte como "una importante fuente de ingresos", ¡he ahí lo determinante en la promoción de las Academias! Dentro de estos términos, y respirando la satisfacción de quien se encuentra absolutamente confiado y satisfecho de estar llevando a cabo una labor dig

na del reconocimiento nacional, también se establece cuál será el mercado, perfectamente repartido, que tendrá cada uno de los países más desarrollados: Francia, Italia e Inglaterra. Alemania llegaba tarde pero se insertaba de lleno en la competencia comercial. Las reglas definitivas de dicha Academia, que datan de 1790, reiteran sin dejar lugar a dudas:

"... (su cometido) es contribuir al bienestar de las artes en general, así como impulsar y promover las industrias propias y, al influir sobre la fabricación y el comercio, mejorarlos hasta el punto de que el gusto de los artistas prusianos no siga siendo inferior al de los extranjeros." (80)

No existía divergencia alguna de criterios. También en Nuremberg, en los incipientes 1716, se dijo:

"...la gran ayuda que puede prestar el arte del dibujo a todas las industrias y artesanías." (81)

Lo mismo en Stuttgart:

"...una de las ocupaciones más importantes del ingenio y la habilidad humana, sino también algo útil para hacer florecer el comercio." (82)

En Copenhague acontecía otro tanto:

"La Academia es útil al Estado y a las finanzas de los Reyes: a estas últimas, puesto que forma a los artistas en la nación, mismos que serán menos caros que los extranjeros, al Estado, dado que los alumnos que no alcancen la excelencia colaborarán en los diferentes talleres y fábricas al mejoramiento del gusto, máxime si en el futuro se dirigen sus estudios hacia ese fin." (83)

Se aprecia con incuestionable nitidez que cuando se refieren a la conveniencia de mejorar el gusto no lo hacen pensando en la conveniencia de externarse espiritualmente sino en otra finalidad diametralmente distinta: el gusto, al mejorarse, venderá más. Tan simple como eso. No parece confirmarse la conocida afirmación marxista en el sentido de que la burguesía es hostil al arte. De ninguna manera. Sólo viendo las cosas muy esquemáticamente podríamos recusar el pragmatismo capitalista: también el arte se puede desarrollar, que proliferen las escuelas, los talentos y los genios iconoclastas, a condición de que sus productos sean comerciales, que alienten el intercambio, que mejoren la balanza de pagos. Tiempos vendrán en que los artistas rebeldes verán sus obras competir ventajosamente en el mercado nacional e internacional. Pues bien, para todo ello eran necesarias las Academias. Para alentar la industria, para formar más barateramente a los artistas, para mejorar el gusto general y poder colocar mejor sus productos. Insistimos, teniendo como fondo las declaraciones anteriores: las Academias no parecen haber sido auspiciadas para imponer el neocla

sicismo o algún otro estilo en lo particular. Lo que sí perseguían, eso sí con teosón, era acabar con una cierta manera de hacer arte: la artesanal, con su organización opuesta a la liberalización de las actividades productivas amparadas en sus embrolladas y paralizantes ordenanzas; con su falta de estímulo a la producción, con su producción imposible de advenir a la masificación. Con esto es con lo que había que terminar. Las Academias se determinan más bien en un sentido negativo, teniendo consignas referentes a aquello que hay que superar, pero es evidente que estos afanes poco o nada tenían que ver la concepción artística que en lo particular pudiera venir a sustituir a la anterior. Lo decisivo era la repercusión en el comercio. El estilo era lo de menos.

España, aunque llegaba con retraso a la lid, presurosa, y audaz se preparaba a recuperar el tiempo perdido. También en esta oportunidad será el multicitado Campomanes quien, con una gran visión que era posible tener en ese momento histórico determinado por la imposición del capitalismo, dejó asentado en esa joya de política nacional que fue su célebre escrito:

"La academia de las ciencias de París y sus dignísimos individuos, han hecho ver en los tratados de los oficios, cuanto debe esperar una nación del cultivo de las matemáticas.

La Sociedad Real de Londres, ha contribuido sobre manera a perfeccionar las mismas artes en Inglaterra. Estas dos naciones por medio de sus academias de ciencias se han apropiado el imperio de las artes; y los

demás europeos son unos meros copiantes de sus invenciones.

España con una academia de ciencias, se pondría al nivel en pocos años recobraría el atraso y el tiempo que ha perdido." (84)

Si bien los decretos reales, como el obtenido por Vasari, eran el ariete sine qua non para liberalizar la oferta y demanda de la mano de obra, en tanto funcionaban como salvoconductos que eximían a todos los egresados de las academias de atenerse a las restricciones codificadas en las ordenanzas gremiales, no fueron ciertamente los únicos procedimientos de que se valió la nueva política económica para trascender hacia el sistema burgués. La fama de los artistas también hizo lo suyo. Efectivamente, el gran prestigio alcanzado por algunos prohombres del Renacimiento, el genio indudable impreso en sus creaciones llevó de cosuno a demandantes y artistas a saltarse aquellas restricciones que impedían, a unos, disfrutar de los productos del trabajo de dichos artistas y a éstos encontrar campos cada vez más amplios en los cuales proyectarse. La gran figura que históricamente representa este salto hacia el mercado libre, fue Miguel Angel, que rompió todas las cortapisas para trabajar en la ciudad y para el empleador que más le pareciera.

La liberalización de la oferta y demanda de la mano de obra no bastaba, por sí misma, para cumplir con el segundo objetivo asignado a las academias: el de capacitar, formar o adiestrar la nueva fuerza de trabajo indispensable para la contienda económica, para llevar la competencia a sus últimas consecuencias y garantizarse, así, la absorción de más y más mercados. Para estos efectos se hacía necesario transitar de los aspectos generales del sistema económico, a las minucias y particularidades que éste necesitaba adoptar en cada caso, esfera o nivel de las relaciones sociales. Si -

la burguesía se hubiera quedado en la implantación de las nuevas medidas económicas, pero no hubiera llevado su revolución a todos los confines sociales, no se habría dado la revolución social y las contradicciones entre la estructura y la superestructura habrían conducido a desenlaces distintos.

En lo que respecta a la arquitectura, las academias debían perfeccionar, primero, y pulir, después, un proyecto educativo del que no había antecedentes, ni experiencias acumuladas. Este proyecto, a su vez, debía tener en cuenta varios requisitos que, como en el caso del sistema económico político en su conjunto, parecían surgir como contraste con el pasado. Si la enseñanza artesanal era no escolarizada, ésta debía serlo; si aquella era asistémica y carecía de homogeneidad y uniformidad en su impartición y en sus resultados, la nueva enseñanza debía ser homogénea en sus métodos, en sus alcances y quienes egresaran de ella debían contar con una capacidad semejante, cualquiera que fuera la academia a la que hubieran asistido.

Los anteriores podían entenderse como los rasgos de corte formal o académico administrativos, pero ¿y los contenidos? ¿Cuáles eran los objetivos perseguidos a través de esta revolucionaria enseñanza? Esos objetivos estaban claramente señalados por su rechazo al estilo barroco precedente, al empirismo edificatorio predominante e, inversamente, por el afán de formar unos profesionales para los cuales la concordancia de sus proyec

tos con la estructura interna de la arquitectura, con su verdad emanada no únicamente de su localización, sino también de los materiales empleados y de su disposición, deberían ser los puntos de principio como, de hecho, lo eran semejantemente en las demás artes. La presencia y recuperación de las tesis de Boileau Despreux es palpable.

Todos estos planteamientos eran muy cuerdos y racionales. No había manera de encontrarles contrasentidos. Sin embargo, con todo y ellos, con toda esta parafernalia conceptual didáctica, todavía podía preguntarse: sí, mas ¿cuál puede ser la forma, la apariencia que adopte esa nueva arquitectura apegada a su estructura? ¿qué forma puede revestir una arquitectura racionalmente proyectada, con apego a los principios y a la verdad y en la que al mismo tiempo coincidan solidez, maestría constructiva y belleza plástica? Una vez más, y no obstante que este proceso fue dándose mediante tanteos e iniciativas venidas de todas partes, en el fondo pareciera como si todo hubiera sido perfectamente prefigurado, ensayado y probado. Una vez más es aplicable la tesis de Marx, porque cuando la sociedad ilustrada europea se hizo estas preguntas, ya contaba con una experiencia que reunía todos esos requisitos y que, justamente por ello, había sido aclamada y admirada en infinidad de oportunidades hasta llegar a constituirse como un paradigma, "hasta cierto punto inigualable": la arquitectura clásica.

Esta, en efecto, sorprendía la sensibilidad de todos -
cuantos la analizaban porque, como ya lo había destacado Winckel-
mann en sus dos capitales obras, Reflexiones sobre la imitación-
de las obras de arte griegas en la pintura y la escultura (1756)
y en la Historia del Arte en la antigüedad (1764), magistralmen-
te aunaba la belleza serena de sus formas apolíneas con la univer-
sidad y aptitud de ellas, la "heiterkeit" y la "algemeinheite",
con la perfecta razón y justificación de cada una de ellas. El -
capricho, la inconsecuencia y arbitrariedad que tanto les molesta-
ba del barroco, estaban absolutamente excluidas de esta arquitectu-
ra. Todo en ella era claridad, consecuencia una esplendente be-
lleza cuya serenidad, en todo opuesta al frenesí, se les presenta-
ba como la máxima expresión de lo que estaban persiguiendo: con -
sistencia en la técnica edificatoria, justificación de las formas
y belleza serena. Nada en ella carecía de sentido; nada sobraba,
todo se justificaba y todo era bello. ¿Puede parecer extraño, en
tonces, que habiendo rechazado los delirios del barroco y estando
ante la urgencia de encontrar un paradigma que pudiera orientar -
los planes académicos que estaban echando a andar a todo lo largo
y ancho de los países europeos, la pusieran como el ejemplo sin -
par al que recurrir? En la arquitectura clásica griega y romana
estaba el prototipo de lógica constructiva y de contención de la
arquitectura a sus medios propios, que el barroco había soslaya-
do hasta prostituirlos, llegando al extremo de confundir los me-
dios de la arquitectura con la escultura en un frenesí de formas
enfermizas, del que abjuraba un espíritu creado en la seguridad de
la humana razón.

Una segunda razón llevó a la ilustración a apropiarse de la arquitectura clásica y a blandirla, en la primera etapa de la consolidación burguesa, como el estilo oficial. La racionalidad de esa arquitectura se veía ratificada en el hecho de que era la única de la cual se disponían textos, libros, manuales y hasta vademécums. Además, era la única arquitectura que contaba con un tratado y, por cierto, el más comentado, estudiado y aplicado que se conocía: el Tratado de Arquitectura de Vitruvio.

En él se encontraba perfectamente asentado el sùmmum de los conocimientos sobre arquitectura helenos y romanos y, de manera sorprendentemente sistemática en un libro del siglo primero de nuestra era, recorría todos los posibles temas indispensables a la práctica de la profesión. Desde una definición de arquitectura se transitaba a los conocimientos que debía manejar el arquitecto para, pasando a través de los criterios para elegir el sitio donde erigir una ciudad, inaugurar el estudio de los materiales edificatorios y terminar indicando las disposiciones y programas arquitectónicos de los géneros más usuales.

La densa bruma sintáctica que preña no pocos párrafos de este libro excepcional no era lo suficientemente impenetrable como para ocultar su estructura profunda y prolíficamente dialéctica, expresada en el reiterado enlace que establece entre las determinaciones utilitarias de la arquitectura con las emanadas de su legalidad mecánico constructiva y de su incuestionable

legalidad estética. Y, ¿no era esto, acaso, lo que de manera perentoria necesitan las academias para hacer factible el sistema educativo que estaban propugnando los arquitectos ilustrados? Había, no cabe la menor duda, un feliz maridaje entre las necesidades pedagógicas de las academias con la estructura teórica de un texto en el que los aspectos generales de la arquitectura, sus principios, quedaban perfectamente anudados con los particulares y específicos. De este modo, y así lo vieron aquellos, los estudiantes accederían a los conocimientos básicos indispensable a todo arquitecto sin soslayar, como lo hacía Vignola, por ejemplo, todas las demás determinaciones de la arquitectura.

"Casi todas las obras magistrales de arquitectura greco-romana fueron entonces traducidas, ilustradas y divulgadas en lengua castellana. Comenzó don José Castañeda, teniente director de la Academia de San Fernando desde 1757, poniendo en Castellano el Compendio francés de Vitruvio, escrito por Claudio Perrault, obra que no podía sustituir al verdadero Vitruvio, pero que por de pronto fue de alguna utilidad. Más adelante, Don Diego de Villanueva (1764) con su traducción del Vignola, acompañada de diseños propios, arrinconó para siempre la antigua de Pa-

tricio Caxesi. Don Carlos Vargas Machuca tradujo la obra de Scamozzi sobre Paladio.... Y fue lástima, en verdad, que el único traductor de Vitruvio que al fin y al cabo logró sacar de las prensas su trabajo, no fuera arquitecto de profesión, sino mero humanista, aunque laborioso y concienzudo como pocos. Era vicario mayor de Xátiva, y se llamaba D. Joseph Ortiz y Sanz. Empezó su versión en 1777, sin más ayuda que las ediciones Philandro, de Bárbaro y de Galiani...." (.)

De este modo y buscando crear la mano de obra capaz de impulsar la industria nacional a fin de hacerla competitiva con la extranjera, las academias se pertrecharon de los mejores materiales didácticos que tenían a la mano: los tratados diversos que recogían las enseñanzas y práctica griega y romana. Como se ha visto, no fue el afán de procrear una forma, neoclásica, sustitutiva del barroco, lo que llevó a los ilustrados a emprender toda su campaña educativa, sino la necesidad, vital para el sistema económico capitalista, de acabar con el artesanado como una forma productiva en que la demanda y la oferta de mano de obra se hallaba cautiva entre la trama de ordenanzas sin fin. Sólo secundariamente, y esto habrá que enfatizarlo con toda amplitud, sólo secundariamente, advinieron al neoclasicismo como la forma arquitectónica precisa en que se materializaba su tendencia hacia el primado de la razón y de la búsqueda de la verdad. El neoclásico representa así, una tendencia,

(¿ un estilo tal vez?) característica de una sociedad revolucionaria que no puede menos que sustentarse en el pasado conocido - y experimentado, y aún, saquearlo, con tal de dar una forma primera a las nuevas fuerzas ideológicas que están a la base de su surgimiento y desarrollo futuro. Pero del cual abjurarán en - - cuanto en su interior se hayan producido las contradicciones - - obligadas que tenfa que suscitar una sociedad revolucionaria en sus aspiraciones y acciones y que, sin embargo, empleaba vestimenta a todo punto inadecuadas. Al develamiento de estas tradiciones intrínsecas al sistema educativo de las academias, ayudó mucho la acción propia de los artistas románticos individualistas que, amparándose en el freno que a los talentos sobresalientes podía significar el sistema pedagógico tan severo de las academias, clamaron por su desaparición. El suyo, era el rechazo de todo individualismo que no repara en que un sistema educativo como el inaugurado por la burguesía revolucionaria, estaba pensando para toda una población en la cual no suelen abundar y menos predominar los "genios" sino los hombres normales que son los que irán a construir un país. Esta polémica entre normatividad pedagógica y libertad creativa, se sigue produciendo, incluso en la actualidad, mostrando, entre otras cosas, que la pervivencia de ciertas modalidades de pensamiento, en este caso las del individualismo romántico, se explica por su aceptación en sectores y clases sociales distintas y hasta antagónicas, pero que - al paso del tiempo no han dejado de incorporar sugerencias venidas de fuera.

Una última cuestión. La primera, que tendrá importancia para una mejor evaluación de la historia de la teoría de la arquitectura se refiere a la importancia concedida por la ilustración al papel de los estudios teóricos en el aprendizaje de la práctica artística. Bien vistas las cosas, debiera caer por su peso - que una ideología, basada en su supuesto empleo de "la" razón, debía verse llevada, como de hecho lo fue, a preconizar los estudios teóricos en todos los campos de la actividad social. El arte no podía quedar al margen de esta actividad racionalizadora, y por ello vemos surgir a la estética como disciplina autónoma dentro del cuerpo general de la filosofía y, por supuesto, el fuerte impulso al desarrollo de la teoría de la arquitectura. La búsqueda hegeliana de un sentido y explicación racional al devenir social - así como la nueva teoría de la historia configurada por Marx, no son sino otras manifestaciones de esa misma originaria actitud. - Por última vez, citemos a Campomanes:

"Los oficios y artes que no son puramente monisteriales no sólo requieren la fatiga corporal: es necesario saber las reglas del arte, conocer los instrumentos que son propios a cada una de sus maniobras; discerniendo distintamente su uso y el de los materiales que entran en las composiciones de él. Las artes fueron saliendo de su rudeza a fuerza de experiencia y observaciones que hicie -

ron los hombres por el espacio de muchos siglos... Todo este progreso de combinaciones formó cada arte, el cual resulta de las teorías constantes, que ignora enteramente el aprendiz a los principios y debe adquirir de su maestro.....

Ninguna de ellas (las Artes) puede lograr su perfección sin reglas, que participen de la teórica, aplicada a las combinaciones de cada oficio.

Puede ser mayor o menor la necesidad de las experiencias teóricas: mas nunca saldrían de la infancia las artes, que se enseñasen por un mecanismo tradicional.

A manera de conclusión

Tomando en cuenta todo lo anterior parece a todo punto necesario corregir la idea más generalizada que se tiene acerca de las academias. Como se ha visto, estas forman parte del proceso revolucionario burgues estándoles encomendada la tarea de adecuar la educación y la consecuente práctica profesional a la estructura capitalista en proceso de consolidación.

No cabe la menor duda de su aspecto revolucionario. Como todo proceso inserto en una sociedad dividida en clases, la imposición de las academias tenía que arrollar el sistema no escolarizado ante-

rior, el de los artesanos e, igualmente, no puede menos que impregnar toda la enseñanza con el tufo mercantilista que le es consustancial a la burguesía. Lo anterior, sin embargo, no desdice su aspecto innovador. La enseñanza se extendió a clases sociales que anteriormente no tenían un acceso de ella. Se sistematizó y documentó a través de multitud de libros de texto. Dentro de este marco de consideraciones también queda claro que la decisiva preferencia que mostraron por las formas clásicas no era, como se ha insistido, el móvil principal de su acción, mismo que está representado por su afán de impulsar el comercio. Las formas clásicas, podemos concluir, fueron incorporadas por la burguesía mercantil por dos razones básicas: la primera de ellas tiene que ver con la evidente racionalidad proyectual de la arquitectura clásica, en la que también jugó un papel importante la equilibrada integración que logró entre la dimensión utilitaria y la estética de toda obra de arquitectura. La segunda razón por la que la burguesía asumió las formas clásicas fue porque, además, eran estas las únicas que contaban con un amplio acervo bibliográfico en el que no solamente se disertaba sobre los aspectos teóricos de la arquitectura sino que, muy importante incluía un vademecum práctico y constructivo sobre la misma. La proliferación de constructoras que factiblemente iban a incorporarse a las posibilidades constructivas abiertas por la burguesía encontraron en estos tratados teóricos los elementos indispensables para desplegar una rápida acción pedagógica.

En este sentido, debemos enfatizar la aportación teórica de la burguesía al plantear la "verdad" como uno de los valores inexcusa

bles de la obra de arte. Como se ha visto, esta "verdad" jugó un papel decisivo en la superación de los excesos a que había llegado la arquitectura barroca y fue el punto de unión con las formas clásicas.

No obstante que, como suele observarse en estos procesos, los epígonos distorsionaron el principio de verdad y crearon una arquitectura de cartabón, esto no debe disminuir el interés que para la historia de la arquitectura tuvo la aportación teórica burguesa en los términos ya dichos.

Lo anterior se constituirá en el subsuelo que dará sustentación a la llamada arquitectura "moderna".

NOTAS.

- 1.- MARX, C., Manifiesto del Partido Comunista.
- 2.- RODRIGUEZ, Pedro, Conde de Campomanes, Discurso sobre el fomento de la industria popular (1774), Clásicos del pensamiento económico español, Instituto de estudios fiscales, Ministerio de Hacienda, Madrid 1975, p.51.
- 3.- Op. cit.
- 4.- Ibid, p. 44-45.
- 5.- MARX, C., op. cit.
- 6.- GALINDO GARCIA, Francisco, El espíritu del s. XVIII y la personalidad de Jovellanos, Diputación de Asturias, Instituto de estudios asturianos, Oviedo 1971, p.89
- 7.- RODRIGUEZ, Pedro, Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento (1775), op. cit., p. 147.
- 8.- JOVELLANOS, Melchor Gaspar de, Oración inaugural a la apertura del Real Instituto Asturiano (1794), en Poesía, teatro y prosa, Ed. Taurus, Madrid 1979, p.23.
- 9.- RODRIGUEZ, Pedro, Discurso sobre el fomento..., op. cit. p.93.
- 10.- Op. cit. p.90.
- 11.- Ibidem.
- 12.- Ibid, p.93.
- 13.- Ibid., p.61.
- 14.- Ibid., p.93.
- 15.- CALVO SERRALER, Francisco, "Las academias artísticas en España", PEVSNER, Nicolaus, Las academias de arte, Ed. Cátedra, Madrid 1982, p.224.
- 16.- PEVSNER, N., op. cit., p.114.
- 17.- BUTTERFIELD, Herbert, Los orígenes de la ciencia moderna, CONACYT, México 1981, p.8.
- 18.- Ibidem.
- 19.- BERNAL, John D., La ciencia en la historia, UNAM, México 1979, p.360.

- 19'.- Los trabajos de Copérnico (1473-1543), Brahe (1546-1601) Galileo (1564-1642), Kepler (1571-1630) Harvey (1578-1657), Rey (? -1645), Guericke (1602-1686), Torricelli (1608-1647), Sylvius (1614-1672), Pascal 1623-1662), Boyle (1627-1691), Newton (1642-1727), Mayow (1643-1679), Gray (1670-1736), Reamur (1683-1757), Fahrenheit (1686-1736), Du Fay (1698-1739), Bernovilly (1700-1782), Celsius (1701-1744) Franklin (1726-1790), Black (1728-1799), Coulomb (1736-1806), Lagrange (1736-1813), Lavoisier (1743-1794), Laplace (1749-1827), Chladni (1756-1827) y tantos otros más irrumpieron en la mecánica analítica, en la de fluidos, en la óptica, en la termología, en la electricidad y el magnetismo, en la química y, todos ellos coadyuvaron de mil maneras distintas a mejorar, como diría Marx, "la producción y la reproducción de la vida."
- 20.- Ibid. p.364.
- 21.- Ibid., p. 362.
- 22.- Ibidem.
- 23.- Ibidem.
- 24.- FERRATER MORA, José, "Ilustración", Diccionario de filosofía, Ed. Alianza, Madrid 1980.
- 25.- Ibidem.
- 26.- KANT, E., "¿Qué es la ilustración?", Lecturas universitarias No. 15, UNAM 1972, p.409.
- 27.- Ibid.,
- 28.- Ibid., p.414.
- 29.- JOVELLANOS, G.M., "Oración...", op.cit., p.197
- 30.- GALINDO GARCIA, F., op. cit., p.75.
- 31.- JOVELLANOS, G.M., "Espectáculos y diversiones públicas, (2a. parte)", Espasa Calpe, Madrid 1966, p.68.

- 32.- Ibid., p. 60.
- 33.- Ibid., p. 190-121.
- 34.- RODRIGUEZ, p., "Discurso sobre el fomento..." p.45.
- 35.- JOVELLANOS, G.M. de., "Elogio de Carlos III", en Poesía..., p. 181-182.
- 36.- GALINDO GARCIA F., op. cit., p. 78-79.
- 37.- JOVELLANOS, G.M. de, "Oración ...", p.194.
- 38.- RODRIGUEZ, p., Discurso sobre el fomento... p.44.
- 39.- RODRIGUEZ, p., Discurso sobre la educación..., p.147.
- 40.- LAGUE, José, "Introducción", en JOVELLANOS, G.M. de, Espectáculos... p.34.
- 41.- GALINDO G. F., op. cit., p. 34.
- 42.- Ibidem.
- 43.- Ibid., p.35.
- 44.- Ibidem.
- 45.- Ibidem.
- 46.- DIDEROT, D'Alembert, La enciclopedia, Guadarrama, Madrid 1974, p.53.
- 47.- Ibidem.
- 48.- Ibid. p.58.
- 49.- Ibidem.
- 50.- Ibidem.
- 51.- VOLTAIRE, "Décima carta sobre el comercio", Cartas filosóficas, Editorial Nacional, Madrid, 1976, p.77.
- 52.- JOVELLANOS, G.M. de, Poesía..., p.194.
- 53.- GALINDO G.F., op. cit., p.49.
- 54.- RODRIGUEZ, p., Discurso sobre el fomento..., p.48.
- 55.- Ibid, p.90.
- 56.-

- 57.- JOVELLANOS, G.M. de., "Elogio...", p.167.
- 58.- JOVELLANOS, "Oración.." p.195.
- 59.- RODRIGUEZ, p., Discurso sobre la educación... p.153.
- 60.- Ibidem.
- 61.- JOVELLANOS, "Elogio....", p.180.
- 62.- KUHN, Thomas, La revolución copernicana, Ed. Ciencias de la ciencia, Ariel, Barcelona 1981, p. 67-68.
- 63.- D'ALEMBERT, Discurso preliminar de la Enciclopedia, Ed. Aguilar Argentina 1965, p.50
- 64.- CASSIRER, Ernst., Filosofia de la Ilustración, D.C.E., México 1950, p.37.
- 65.- Ibid, p. 315-316.
- 66.- Ibid, p.315.
- 67.- BERCHEZ GOMEZ, Joaquín, "La difusión de Vitruvio en el marco del neoclasicismo español", PERRAULT, Claudio, Compendio de los diez libros de arquitectura de Vitruvio, Comisión de cultura del Colegio oficial de aparejadores y arquitectos técnicos, Consejería de cultura del Consejo Regional, Murcia 1981, p.XII.
- 68.- MENENDEZ Y PELAYO, Marcelino, Historia de las ideas estéticas, Espasa Calpe, Buenos Aires, Argentina 1943, p.256.
- 69.- Ibid, p.256.
- 70.- BERCHEZ GOMEZ, op. cit., p. XI.
- 71.- Ibid., p. XIII.
- 72.- SARRAILH, Jean, La España ilustrada de la segunda mitad del s. XVIII, FCE, México 1981, p.113.
- 73.- BAEZ MACIAS, Eduardo, La Academia de San Carlos en la Nueva España como instrumento de cambio, Instituto de Investigaciones Estéticas, conferencia mecanografiada, 1981, p.2.
- 74.- Ibid, p. 2-3.
- 75.- CALVO SERRALLER, F., op. cit., p.221.
- 76.- Ibidem.
- 77.- PEVSNER, N., op. cit., p.109.
- 78.- Ibid, p. 110.

79.- Ibidem.

80.- Ibidem.

81.- Ibid., p. 111.

82.- Ibidem.

83.- Ibidem.

84.- RODRIGUEZ, p. Discurso sobre la educación..., p. 170.

Bibliografía general

BAEZ MACIAS, Eduardo, "La Academia de San Carlos de la Nueva España como instrumento de cambio", en Las Academias de arte, UNAM, México 1985

BERCHEZ GOMEZ; Joaquín, "La difusión de Vitruvio en el marco del neoclasicismo español", en PERRAULT, Claudio, Compendio de los diez libros de arquitectura de Vitruvio, Comisión de cultura del Colegio oficial de aparejadores y arquitectos técnicos, Consejería de cultura del Consejo Regional, Murcia, España 1981

BERNAL, John D., La ciencia en la historia, UNAM, México 1979

BUTTERFIEL, Herbert, Los orígenes de la ciencia moderna, CONACYT, México 1981

BUSTOS, M., El pensamiento económico de Campomanes, Instituto de estudios asturianos, Oviedo, España 1982

CALVO SERRALLER, Francisco, "Las academias artísticas en España", en PEVESNER, Nicolaus, Las academias de arte, Ed. Cátedra, Madrid 1982

CASSIRER, Ernst, Filosofía de la Ilustración, Fondo de cultura económica, México 1950

D'ALEMBERT, Discurso preliminar de la Enciclopedia, Ed. Aguilar, Argentina 1965

DIDEROT, D'ALEMBERT, La enciclopedia, Cuadarrame, Madrid, 1974

FERRATER MORA, José, "Ilustración", Diccionario de filosofía, Ed. Alianza, Madrid 1980

GALINDO GARCIA, Francisco, El espíritu del s. XVIII y la personalidad de Jovellanos, Diputación de Asturias, Instituto de estudios asturianos, Oviedo 1971

GRIMBERG, Carl, El siglo de la ilustración, el despotismo ilustrado y los enciclopedistas, Daimon 1973

JOVELLANOS, Melchor Caspar de, Osesa, teatro y prosa, antología por José Luis Abellán, Taurus ediciones, Madrid 1979

JOVELLANOS, Melchor Caspar de, Obras en prosa, Edición de José Caso González, Clásicos Castalia, Fuenlabrada, Madrid 1969

JOVELLANOS, Melchor Caspar de, Espectáculos y diversiones públicas y El castillo de Bellver, Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid 1966

KANT, Emmanuel, "¿Qué es la Ilustración?", Lecturas universitarias No. 15, UNAM, México 1972

KUHN, Thomas, La revolución copernicana, Ed. Ed. Ciencia de la ciencia, Ariel, Barcelona 1981

LAGUE, José, "Introducción", en JOVELLANOS, G.M. de, Espectáculos y diversiones públicas, Ediciones Catedra, Madrid 1982

MARX, Carlos, Manifiesto del Partido Comunista, varias ediciones

MENENDEZ DELAYO, Marcelino, Historia de las ideas estéticas en España, Espasa Calpe, Buenos Aires, Argentina 1943

MEVESNER, Nicolaus, Las academias de arte, Ediciones Catedra, Madrid 1982

RODRIGUEZ, Pedro, Conde de Campomanes, Discurso sobre el fomento de la industria popular (1774) Clásicos del pensamiento español, Instituto de estudios fiscales, Ministerio de Hacienda, Madrid 1875

RODRIGUEZ, Pedro, Conde de Campomanes, Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento, (1775), Clásicos del pensamiento económico español, Instituto de estudios fiscales, Ministerio de Hacienda, Madrid 1975

SERRAILH, Jean, La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII, FCE, México 1981

VOLTAIRE, "Décima carta sobre el comercio", Cartas filosóficas, Editorial Nacional, Madrid 1976